Estampas campesinas



Baltasar Brotóns García

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

© Baltasar Brotóns García
Foto portada: Carlos Morante
D. L.: A-363-2003
Segarra Sánchez, S.L.
O. Winibal, 39 - Elche

Baltasar Brotóns García
De la Asociación Alicantina de Periodistas y Escritores de Turismo

Estampas campesinas

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	7
Prólogo	13
La profesionalidad de los agricultores ilicitanos	15
Las Ermitas del campo de Elche	29
9 de Enero de 1910	39
Casas de campo	47
Els hortoláns	57
La mujer en los trabajos agrícolas	65
La mecanización de la agricultura	73
El Museo Agrícola del Pusol	81
El cultivo del cáñamo en el campo de Elche	87
Requiem por los almendros de Elche	95
Epílogo (lo que va de ayer a hoy)	103

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Presentación

En este nuevo libro, *Estampas Campesinas*, Baltasar Brotons nos deleita con un documentado paseo por su entrañable «Camp d'Elx» que nos va mostrando, paso a paso, a través de sus vivencias y conocimientos sobre la vida del «Llaurador», sus trabajos, costumbres, ermitas, fiestas, de la participación de la mujer en los trabajos agrícolas, de las casas de campo, en fin, todo lo que ha constituido el quehacer de nuestros agricultores tradicionales, hasta la mecanización y la consiguiente revolución en los usos ancestrales utilizados hasta ese momento y la pérdida de identidad del nuevo agricultor.

Baltasar realiza un recorrido histórico desde los fenicios hasta la Reconquista de Elche, incidiendo constantemente en el problema del agua y su solución en cada uno de los momentos históricos. La época romana con la centuriación; los árabes, que se aposentan en la Vila Murada e impulsan el cultivo de la palmera, perfeccionando el sistema de riego con la distribución del agua y la creación de la red de acequias, cuyos partidores aún conservan la denominación árabe.

Pero dentro de la gran cantidad de hechos que Baltasar va enumerando siempre habla de la laboriosidad, la profesionalidad, la sencillez y la constancia del agricultor de todas las épocas, que va

transmitiendo sus conocimientos y amor a la tierra a las nuevas generaciones.

La palmera centra su atención, con un completo estudio y desarrollo de su cultivo, que fue potenciado por los árabes incrementando el palmeral notablemente, formando «els horts de palmeres», un espacio de frescor en un clima seco y caluroso como el nuestro. Ellos introdujeron nuevos cultivos, surgiendo un verdadero vergel, gracias a sus conocimientos agrícolas, que posteriormente fueron asumidos por los colonizadores cristianos que heredaron sus cualidades.

En este trabajo describe, de manera meridiana «El Repartiment», con la distribución de las tierras de la margen izquierda, El Franc, para los cristianos, y las de la margen izquierda, El Magram, para los árabes. También nos habla de su expulsión de la Vila Murada y de la creación de la Aljama del Raval con toda clase de detalles, claros y precisos, para el lector ávido de conocer estos hechos históricos de nuestra ciudad.

La expulsión de los moriscos, en 1609, por Felipe III, y el consiguiente abandono de sus tierras, repartidas a colonos cristianos y concedidas en enfiteusis, son cultivadas por los mismos procedimientos e igual maestría con que lo habían hecho los moriscos hasta entonces. Aquí, Baltasar se recrea en las cualidades de aquellos agricultores y la destreza con que utilizaban los aperos y herramientas para conseguir una perfección meticulosa en el laboreo de las parcelas, creándose una sana rivalidad entre ellos.

En el aspecto de los cultivos tradicionales, granado, olivo y palmera, se une el método de laboreo de las tierras de secano, especialmente la cebada, deteniéndose en el proceso del cultivo del trigo y la trilla, de la que hace un verdadero canto vivido de cada uno de los procesos, por la riqueza de detalles y anécdotas curiosas, como la construcción, dentro del «paller», de la «cova», donde se guardaba el trigo que se extraía con una caña hueca.

Destaca el cambio experimentado con la llegada de las aguas de Riegos El Progreso en la vida del agricultor, al convertirse el secano en regadío e introducirse todo tipo de arbolado y cultivos hortícolas, experimentando el «Llaurador» un notable cambio en su economía.

Siguiendo la lectura de este interesante libro «Estampas Campesinas», Baltasar hace un estudio completo de las ermitas del «Camp d'Elx», en el que nos invita a visitarlas por medio de su relato descriptivo y nos documenta una a una las 16 ermitas, creadas a partir del siglo XVIII, y su importante papel como lugar de encuentro de las gentes de las partidas y, sobre todo, para los chicos y chicas: «eran una de las pocas oportunidades que se les presentaba para conocerse y empezar una relación amorosa», comenta.

El relato que hace de las fiestas patronales de cada partida nos devuelve a unos tiempos, relativamente recientes, en los que la participación de los habitantes de las partidas en torno a este gran acontecimiento provocaba, por ejemplo, que las mujeres prepararan con meses de antelación sus vestidos para lucir, las alábegas o los mayos para adornar la ermita, la procesión –que discurría por los diferentes caminos a su alrededor– los pedáneos vecinos invitados o el «diputat», que presidía la procesión. «Les paraetes», que montaban los «cacaueros», alrededor de las cuales se reunían la chiquillería, mientras la gente mayor conversaba sobre los «avatares de la vida diaria».

Y Baltasar vuelve a incidir con el tema del agua dedicándole un capítulo entero de su libro. Marca un hito histórico, el 9 de enero de 1910, al pasar de secano a regadío el «Camp d'Elx», gracias a la Sociedad Nuevos Riegos El Progreso, que inicia el bombeo, desde El Molar, de las aguas dulces de los sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, proyecto realizado por el empeño del ingeniero D. Ernesto Martínez Riviere.

Siguiendo la lectura, nos da a conocer todos los proyectos de traída de aguas de otras cuencas desde 1490: «portar aigües del Xuquer», hasta el trasvase Tajo-Segura. Destaca la época más floreciente de nuestro «Camp d'Elx», desde los años cuarenta hasta 1990, y la creación de la Lonja de Frutas y Verduras, «El Prao», así llamado por nuestros agricultores, lugar de comercialización de sus productos y lugar, a su vez, de reunión y contacto con los intermediarios de venta de propiedades rústicas o urbanas. «El Prao se convertía en un verdadero «Templo de Mercurio», comenta Baltasar.

«Los agricultores ilicitanos vivieron desde tiempo inmemorial en casas de campo», dice, y profundiza otra vez en la Historia

haciendo un recorrido por las costumbres y habitáculos de los agricultores, desde los romanos hasta nuestros días, describiendo la vivienda rural típica de las últimas décadas con sus usos, deteniéndose en la orientación y descripción tanto de la vivienda del agricultor, de una planta, a la señorial, de dos plantas.

En otra estampa, Baltasar recupera la memoria «dels hortolans», que vivían en las casonas que rodeaban el casco de nuestra ciudad cuidando los huertos de palmeras históricos y cuya peculiar forma de vida, lenguaje, vestimenta y sociabilidad los diferenciaba del resto de agricultores. Realizaban todos los trabajos de la palmera, desde el encaperuzado hasta el rizado de la palma blanca, causando una gran impresión en el botánico valenciano, José Cavanilles, en su visita a Elche

«Els hortolans merecen nuestra gratitud por haber sido los guardianes y conservadores de uno de las rasgos culturales más emblemáticos de nuestra ciudad», continúa, y nos presenta una visión diáfana de la vida de estos agricultores, sus reuniones, formas de trabajo, la subasta del agua a las ocho de la mañana en la «Plaza de la Fruita», la creación de la Sociedad de Agricultores y Regantes de Elche, que favoreció el desarrollo del cultivo de la palmera, muy rentable en aquella época.

Pero Baltasar no podía dejar de tratar el importante papel desempeñado por la mujer en las actividades agrícolas, sobre todo a mediados del siglo XX, cuando, con la llegada de las aguas dulces, proliferan los cultivos y las cuadrillas de mujeres, ataviadas con aquellos peculiares ropajes que les protegían del sol, se dedicaban a las tareas de recolección, formando parte del paisaje habitual de nuestro campo.

Es curioso conocer los trabajos casi exclusivos de las mujeres, como abrir «ñoras» o separar las almendras en «els trencaors».

La mecanización de la agricultura trajo la desaparición de los antiguos usos agrícolas. Los aperos y herramientas dejaron paso a las modernas máquinas y técnicas. Baltasar sigue explicándonos el plan actual de la Comunidad de Riegos de Levante, que está llevando a cabo la modernización del riego por gotero en 10 términos municipales y afectará a más de 30.000 hectáreas de tierra de culti-

vo, expresando su preocupación de que llegue demasiado tarde para la subsistencia de nuestra agricultura.

A continuación, abre un paréntesis para hablarnos del Museo Escolar de Pusol, como guardián de las tradiciones y centro investigador, que aglutina todos los aspectos etnográficos de nuestra ciudad: agricultura, industria y comercio, resaltando la labor y la proyección pedagógica que está realizando, gracias al trabajo de generaciones de alumnos y la colaboración de la sociedad ilicitana, que sigue aportando los elementos que constituyen uno de los fondos etnológicos más ricos de nuestra comunidad.

Y sigue con un cultivo moderno, que pasó como una estrella fugaz (1950-1965), el cáñamo. Nos habla de «Els menaors y filaors», figuras tan entrañables en nuestros huertos de palmeras en un pasado reciente y que la aparición de las fibras sintéticas hizo desaparecer.

Baltasar termina este conjunto de aspectos de un Elche intensamente conocido «hablando con profunda tristeza», dice, de la decadencia de los almendros, después de haber sido testigo de su aparición, desarrollo y protagonismo destacado «como buque insignia» de la agricultura ilicitana.

En el epílogo, «Lo que va de ayer a hoy», lamenta la desaparición de aquel agricultor de espíritu emprendedor y orgulloso, de la pérdida de la «ruralidad del Camp d'Elx», de que hacía gala, para convertirse en un lugar más bien residencial y de asueto de las gentes de la población.

Son diez estampas ilicitanas, diez detallados recorridos por aspectos, ya casi desconocidos por las nuevas generaciones, y que Baltasar Brotons expone, completando su profundo estudio sobre Elche, para que no queden en el olvido.

Fernando García Fontanet
Director del Museo Escolar de Pusol

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Prólogo

Desde los tiempos más antiguos, la agricultura ilicitana, ha sido muy relevante, a pesar de disponer de escasos recursos hídricos y de la baja pluviometría que ha sido una constante invariable en toda esta comarca, desde tiempo inmemorial. Y al servicio de esta agricultura, hubo siempre un colectivo de personas muy capacitas, profesional-mente, que cultivaron la tierra con esmero, dedicándoles sus mejores afanes y desvelos, a pesar de las dificultadas que encontraron, diariamente, para desempeñar su labor de cara a su rentabilidad, por cultivar unas tierras que, mayoritariamente, fueron de secano hasta la segunda década del siglo XX.

A pesar de estos inconvenientes, los agricultores ilicitanos, crearon una cultura autóctona y específica, que se fueron transmitiendo de padres a hijos, a través de muchas generaciones. Y cuando hablamos de cultura, no nos referimos solamente a la forma de cultivar la tierra, con ser esto muy importante, si no también, y sobre todo, a las costumbres, las tradiciones, las fiestas, etc.

Esta cultura autóctona, estuvo en plena vigencia, hasta mitad del siglo XX, cuando en función de la evolución producida en las costumbres y en la forma de entender la vida, se difuminaron un tanto las diferencias existentes entre la cultura rural y la cultura

ciudadana, que hasta entonces , habían tenido unos rasgos muy distintos, entre la una y la otra. También la mecanización de la agricultura, que se produjo en aquellos años, contribuyó, sobremanera, a la unificación de estas dos culturas, que en la actualidad, conservan muy pocas similitudes.

Pues, bien. Los rasgos más características de esa cultura campesina ilicitana, que prácticamente ha desaparecido, se pueden apreciar en el Museo Agrícola del Pusol, al que dedicamos uno de los capítulos de este libro, que tienes en tus manos, amable lector.

Como éste ha sido un tema que siempre me ha interesado mucho, a esta cultura campesina ilicitana, tratada desde sus diferentes ángulos, he dedicado varios libros en los últimos años, unos en valenciano y otros en castellano, así como multitud de artículos en periódicos y revistas. No obstante, en las páginas que siguen, trato de profundizar en algunos aspectos, de esta cultura ancestral, que traté mas someramente, en los libros anteriores y en los artículos de prensa aludidos anteriormente.

El autor

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

La profesionalidad de los agricultores ilicitanos

Desde los tiempos más antiguos, la agricultura ilicitana, tuvo una gran relevancia, como sector productivo, a pesar de estar Elche situada en una de las zonas más secas y áridas de la Península Ibérica, donde lo normal y corriente es que llueve muy poco. Unos simples datos, nos dan idea de lo que estamos diciendo: la lluvia media caída en la zona de Elche, oscila alrededor de 280 litros de agua por metro cuadrado y año, que no alcanza el 50% de la media nacional que está sobre los 600. Si a esta escasez de lluvias le añadimos las altas temperaturas medias que alcanzan los 18 grados centígrados, nos darán esa sequedad y adustez de que hablamos en los párrafos anteriores y que se podrán comprobar fehacientemente, contemplando las montañas que nos circundan donde la vegetación brilla por su ausencia, con el agravante de que lo poco que llueve, en la mayoría de los casos, son lluvias tormentosas que generan aluviones y torrenteras con el añadido de que de cuando en cuando se producen largos periodos de sequía absoluta que duran varios años, con las fatales consecuencias económicas y sociales que llevan consigo.

Hasta principios del siglo XX, tres cuartas partes de la totalidad del término municipal de Elche, que tiene una cabida de 33.576 hectáreas, (de las cuales, unas 25.000 son de tierras cultivables y el resto, son montañas, saladares, barrancos caminos y eriales), eran

tierras de secano y la otra cuarta parte se regaban con las aguas salitrosas, que desde tiempo inmemorial, discurren por el cauce del Vinalopó y que se distribuyen, dos onceavas partes, en la margen derecha, a través de la Marchena y las otras nueve onceavas partes en la margen izquierda por los demás partidores de la llamada Acequia Mayor del Pantano. Como estas son de muy baja calidad, solo podían utilizarse los cultivos arbóreos más resistente, como son las palmeras, los olivos y los granados.

De ahí el que estos tres cultivos leñosos han sido los más abundantes de la agricultura ilicitana, hasta principios del siglo XX. Las zonas regables con estas aguas salitrosas, están alrededor del casco urbano de la población, a ambos lados del Vinalopó y todas la tierras más alejadas de la población eran de secano y se dedicaban al cultivo de los cereales, particularmente, cebada, que era el cereal más resistente a la sequía y el que menos agua necesitaba. Con estas circunstancias, los agricultores ilicitanos de los tiempos pasados nunca tenían la seguridad de que sus cosechas de cereales llegaran a buen puerto, ya que todo dependía de que lloviese lo suficiente y en el momento oportuno. Si así ocurría, la cosecha era óptima y provechosa. En caso contrario, la cosecha se malograba y solo les quedaba el consuelo de esperar al año siguiente a ver si había más suerte y el tiempo meteorológico era más propicio y favorable.

La agricultura de cualquier país o comarca, para que consiga un máximo grado de desarrollo, se sostiene sobre cuatro pilares básicos: una tierra fértil, un clima benigno, agua suficiente de buena calidad y un colectivo de agricultores laboriosos y entendidos, que cultive la tierra con exquisita profesionalidad. En el caso que nos ocupa, faltaba uno de estos cuatro pilares básico, la escasez de lluvias y de recursos hídricos, que ha sido siempre el gran inconveniente de la agricultura ilicitana, de los pasados tiempos. Los otros tres factores cumplían con creces los requisitos exigidos para un desarrollo agrícola óptimo y rentable, sobre todo, el factor humano, que es el más importante de los cuatro, pues a pesar de los pesares, los agricultores ilicitanos de los tiempos pasados, vivieron siempre apegados al terruño como lapas, inmunes al cansancio y al desaliento y hacían gala de una exquisita profesionalidad en el cultivo de la tierra. Estas virtudes, como profesionales de la agricultura, las heredaron de los árabes, que dejaron en el campo de Elche profundas huellas culturales, después de permanecer en estas tierras cerca



Fabricando vino artesanalmente

de nueve siglos, demostrando su bien hacer en el cultivo de la tierra y en la organización de los regadíos, sapiencia que quedó patente, particularmente, en las huertas de Valencia y de Murcia, y por supuesto, también en el campo de Elche, donde perfeccionaron los incipientes regadíos que iniciaron los romanos ochocientos años antes, cuando llevaron a cabo la centuriación de toda la zona regable de las tierras ilicitanas, en ambos márgenes del Vinalopó, que ellos conocían como río Alebus, en lengua latina.

Cuando en el año 713, dos años después de la Batalla de Guadalette, llegaron los árabes victoriosos a setas comarcas y comprobaron lo poco defendible que era Ilici, a pesar de estar rodeado de murallas, decidieron trasladarla dos kilómetros más al norte, junto al cauce profundo del Alebus, que ellos rebautizaron con el nombre árabe de Wad Arrambla, dotándolas de fuertes murallas y plantaron a su alrededor espesos bosques de palmeras que les recordaban los verdes oasis del norte de África, de donde procedían y que tan enraizadas estaban en su cultura ancestral, ya que los dátiles desempeñaban un importante papel en el sustento de las personas y de los animales domésticos. Para ello contaron con unos incipientes regadíos que ellos perfeccionaron y pusieron nombre a los partidores que distribuían estas aguas salitrosas con una cierta cantidad de palmeras que habían introducido los fenicios mil años antes y que apenas tenían incidencia en la agricultura ilicitana, hasta el extremo de que durante la época romana no se hace ninguna referencia a las palmeras como cultivo agrario, como ocurre con los viñedos, los olivos y los cereales, cultivos eminentemente mediterráneos.

A partir del siglo VIII trasladaron la población más hacia el norte y con el pleno dominio del territorio, los árabes incrementaron los palmerales de Elche, perfeccionaron los regadíos, desarrollaron la artesanía del algodón, la seda y el esparto, introdujeron nuevos cultivos procedentes de sus lugares de origen, desarrollaron la apicul-tura y continuaron cultivando la tierra con maestría y una correcta profesionalidad que tenían bien acreditada y sin escatimar esfuerzos ni sacrificios, conseguían arrancarle a la tierra cultivable óptimas cosechas, a pesar de la escasez de recursos hídricos de que disponían.

Este era el panorama que presentaba Elche, cuando en 1.264 fue reconquistada la ciudad para el Cristianismo para el Rey de Aragón Jaime I: unas tierras muy bien cultivadas, unos palmerales en proceso de expansión, unos regadíos muy bien organizados, (cuyo

modelo continuaron después los cristianos), y unas gentes laboriosas y ahorrativas, que se esmeraban en el cultivo de la tierra y en el cuidado de los palmerales haciendo gala del bienhacer en su calidad de agricultores.

Y esas virtudes y bondades de los árabes en el cultivo de la tierra, en el cuidado de las palmeras y en la distribución de los escasos recursos hídricos de que disponían, las heredaron después los cristianos, a partir de la reconquista, pues se dieron cuenta de que sus métodos y procedimientos eran válidos y aprovechables, para sacarle un mayor rendimiento a su trabajo diario en su calidad de agricultores.

Y a partir de esos momentos, la seriedad en el trato, el amor apasionado a la tierra que cultivaban y el bien hacer y la laboriosidad en su trabajo diario, fueron las características principales de los agricultores cristianos que fueron los continuadores de la labor desarrollada por los árabes, durante el largo periodo de tiempo que dominaron estos territorios que habían adquirido por derecho de conquista.

Dos años después de la reconquista, el infante Don Manuel, que ostentaba el dominio del Señorío de Elche, por mandato de su hermano, el Rey Alfonso X el Sabio, llevó a cabo lo que se llamó "el Repartiment" y a los árabes que se quedaron bajo su dominio, y que fueron expulsados de la Villa amurallada, les obligaron a construirse su Aljama, con su correspondiente mezquita y les dieron el dominio de las tierras de la margen derecha del Vinalopó y que se regaban con los caudales del partidor de la Marchena. A partir de esos momentos, esta zona se llamó El Magram (en lengua árabe cosa pechada, es decir, sujeta a impuestos), o Huerta de los Moros. Como los árabes eran muchos y el territorio asignado a ellos era escaso, propició el que las propiedades eran de reducidas dimensiones. Todo lo contrario de lo que ocurrió con la margen izquierda, que se la cedieron en grandes trozos a las familias más distinguidas de los cristianos que acompañaron al Rey Aragonés en la reconquista de la ciudad. En términos generales, esa forma distributiva de estos territorios, entre la margen derecha y la margen izquierda, ha persistido hasta los tiempos modernos.

Los nuevos propietarios de la margen izquierda, que eran personajes cristianos distinguidos, que en su mayor parte pertenecían a la judicatura, a la milicia o estaban al servicio de la Iglesia, no te-

nían ningún interés por la agricultura. Y por consiguiente, apenas cultivaban su nuevas propiedades rústicas, y en muchos casos, ni siquiera estaban avecinados en Elche. En cambio. los árabes, que cultivaban la margen derecha, vivían casi todos en la Aljama, excepto los pocos que habitaban en viviendas rurales, que llamaban rahales. Y por supuesto, todos trabajaban en la agricultura, que constituía su principal ocupación. Y no solo cultivaban sus tierras con esmero, que convirtieron en un auténtico vergel, si no también que eran requeridos por los cristianos para que realizaran los trabajos más pesados y engorrosos del cultivo de las tierras del Franc, que eran todas las de la margen izquierda.

Cuando en 1.609, el Rey Felipe III expulsó a todos los árabes de sus dominios, principalmente, por motivos religiosos, en su Decreto de expulsión especificaba que todo su patrimonio rústico y urbano, pasaría automáticamente a ser propiedad exclusiva de los respectivos Señoríos donde estuvieran ubicados. En el caso concreto de Elche, los descendientes de Gutiérrez de Cárdenas, que ostentaban este Señorío, por voluntad expresa de la Reyna Isabel la Católica, a los pocos meses de haber sido expulsados los árabes, (que eran, aproximadamente el 50 % del total de la población) cedió todas esta propiedades rústicas y urbanas a los cristianos de Elche y sus alrededores, por el sistema de enfiteusis pagando unas determinadas cantidades de dinero, en función de la valoración catastral de las mismas, compromiso que se adquiría "para siempre jamás". No obstante, esta servidumbre fue abolida en el siglo XIX, cuando a consecuencia de la aprobación de la Constitución de Cádiz de 1.813, fueron suprimidos los Señoríos y los nuevos propietarios de estas fincas, recuperaron el pleno dominio de las mismas.

Los árabes fueron expulsados a la fuerza, sin apenas tiempo para poderse llevar algunas de su pertenencias, que tuvieron que abandonar al marcharse precipitadamente. Pero dejaron aquí profundas huellas culturales en su calidad de agricultores, que era su principal ocupación, dando abundantes pruebas de su bienhacer en el cultivo de la tierra y el aprovechamiento de los escasos recurso hídricos de que disponían.

Y los agricultores cristianos que adquirieron por el sistema de enfiteusis las propiedades que abandonaron los árabes, continuaron cultivando estas tierras por los mismos procedimientos y con la misma maestría que lo habían hecho los moriscos hasta entonces, tratan-



Fabricando vino artesanalmente

do de seguir su ejemplo. Y esto ha sido una constante invariable, que se ha ido transmitiendo de generación en generación y ha llegado en plena vigencia hasta el día de hoy. Tanto fue esto así, que los agricultores ilicitanos de los pasados tiempos, en términos generales, tenían entre ellos una sana rivalidad para ver quien de ellos realiza mejor los trabajos agrícolas, tratándose de esmerarse todo lo posible por conseguirlo. Y eso podía comprobarse, por ejemplo, cuando labraban un bancal, en la rectitud o perfecto curvatura de los surcos, según el sistema de labrado, lo mismo si se labraba con arados de una sola caballería (forcat) o con el de dos caballerías, (aladres de parell) que hacía los surcos más profundos. Y no solo hacían estos trabajos agrícolas bien hechos, si no que los solían realizar a su debido tiempo y con la frecuencia necesaria, para un correcto cultivo de la tierra.

Como en los pasados tiempos no existían fertilizantes químicos para abonar sus tierras y los abonos orgánicos (estiércol) no alcanzaba para cubrir todas las necesidades de los agricultores, estas carencias se suplían con el oxigenado de las tierras, mediante la insolación, cuando se trataba de tierras cerealísticas que se sembraban en años alternos. De esta manera, los bancales están de rastrojo

desde que se segaba la mies en los meses de Mayo o Junio, hasta que lloviera en Otoño y se pudieran labrar, pues hay que tener en cuenta que estamos hablando de unos tiempos en que no habían tractores y las labores agrícolas se realizaban con arados romanos arrastrados por caballerías. Desde que se labraba el rastrojo hasta que se sembraba de nuevo en Otoño del año siguiente (si llovía lo suficiente) pues estamos hablando de terrenos de secano, sus posibilidades de riego, esa tierra se labraba cuatro veces más, en la Primavera y en Verano, para que el sol la oxigenara bien, con lo cual se incrementaba su fertilidad.

El único inconveniente que existía era que se perdía tiempo, ya que para cada cosecha, en el mismo bancal, se precisaban dos años.

De la misma manera, que no habían abonos químicos, no existían tampoco herbicidas y las malas hierbas que surgían por doquier en los bancales plantados de cereales, había que eliminarlas mediante trabajos manuales de "escarda", labores que se realizaban mediante unas pequeña herramientas, de hoja cortante, llamadas "feseta". Este trabajo de "escarda" era preciso realizarlo, ya que lo contrario, las malas hierbas obstaculizaban el correcto crecimiento y desarrollo de los cereales, aunque hubiese un gasto añadido en jornales a los costos de cultivo. Los dos trabajos fundamentales en la agricultura cerealística, eran la sementera y la siega, es decir, la recolección de la cosecha. Durante el tiempo estas dos labores, se trabajaban muchas horas diarias, incluso, domingos y festivos, ya que eran trabajos que no admitían esperas ni demoras.

La trilla, que se llevaba a cabo durante los días más calurosos de los meses de julio y agosto, era como un ritual que culminaba los trabajos y desvelos de todo un año. Si la meteorología había sido propicia y favorable y se había obtenido una buena cosecha, se llenaban los graneros y el sustento de las personas y de los animales domésticos para todo el año. Y con la venta de los sobrantes, podían generarse algunos ahorros o pagar las deudas contraídas en los años malos y calamitosos que eran la mayor parte de los mismos.

Durante los días de la trilla, cuando realizaban estos trabajos en la era, los agricultores solían cantar canciones folklóricas populares, mientras conducían las caballerías que se movían sobre "la parva" con movimientos acompasados y circulares, "parva que de cuando en cuando, se le daba la vuelta, valiéndose de les forques", para que la mies se trillara de una manera uniforme.

En los días de trilla, se madrugaba mucho. Tanto era esto así, que se extendía "la parva" con las primeras luces del alba y a la salida del Sol, se empezaba la trilla, propiamente dicha, mediante unas caballerías que arrastraban rulos de piedra y trillos de pedernal. Lo de los trillos de sierra y chillas de hierro, fueron posteriores. Y no citamos nada de los adelantos que supuso la aparición de las máquinas trilladora.

Y cuando se retiraban las caballerías, se separaba el grano de la paja. El grano se limpiaba lanzándolo al aire, primero en la " forca" y después en la "pala". Después se sometía la mies a otro proceso de trilla para recortarla más y hacerla apta para emplearla como alimento de las caballerías. Una vez que esta paja se había recortado lo suficiente, se daba la trilla por terminada y se devolvían las caballerías a la cuadra. Entonces, "esta palla" se amontanaba en lo que se llamaban "cárregues" que entre dos personas, con la ayuda de dos cañas largas y cresas, trasladaban "al paller" en construcción, que en un principio tenía forma de rampa. Cuando esta rampa era ya muy pronunciada y difícil de subir, se cortaba por la parte más baja, y a partir de esos momentos, "la palla" se subía "al paller" mediante un sencillo mecanismo que consistía en un tronco de olivo que tenía en un extremo una horquilla, que se fijaba a tierra, junto "al paller" un pitón, (el fruto de la pitera) que por la parte central se colgaba de la horquilla del tronco, de forma que pudiera balancear libremente. Al extremo más fino del "pitón" se ataba un artilugio hecho de cuerdas de esparto, que se llamaba "bacallar" por tener la forma de un bacalao de grandes dimensiones, abierto en canal, que se extendía en tierra. Y sobre este "batallar" se "colocaven les cárrejues de palla que se putjavan al paller", tirando de un cordel sujeto al extremo más grueso del "pitó". Era una especie de polea rudimentaria muy práctica para elevar objetos a diez o doce metros de altura, dependiendo de la longitud del "pitó". De esta forma, se continuaba subiendo "la palla al paller", hasta alcanzar la altura deseada, y que una vez terminado, tenía la forma de una montaña alargada, que se iba estrechando hasta la cúspide, con dos frentes verticales y dos caras inclinadas hacia adentro. Cuando se finalizaba "el paller" se hacía una "querena de pallus" para que el agua no se filtrara al interior. Sobre "el Pallus" se colocaba una capa de "almaset" esparcido, y sobre el almaset se colocaban "els pedrals" consistentes "en cordes de vensills" a una distancia de 30 centímetros uno de otro. Al extremo de estos "edrals" se les ataba una pie-



Fabricando vino artesanalmente

dra de unos dos kilos de peso, (de ahí naces dicho nombre) para que quedaran bien sujetos y el viento no deshiciera la "querena".

Cuando la cosecha había sido abundante, y los cereales se pagaban a precios bajos y no apetecía venderlos, los agricultores que no disponían de almacenes apropiados, hacían "una cova en el centro del paller" que servía de granero, donde el grano se conservaba en perfectas condiciones, exentos de pulgones y demás insectos dañinos. Esta forma de almacenar el grano, tenía el riesgo de que durante las largas noches del Invierno, te lo pudieran, los desaprensivos amantes de lo ajeno. En estos casos, utilizaban un tubo hueco inclinado hacia abajo que introducían en el pajar hasta que dieran con el grano, que con todo sigilo, metían en sacos y se lo llevaban, En esta clase de hurtos siempre intervenían varias personas, formando cuadrilla, para retirar el grano sustraído.

En la confección "dels pallers" se esmeraban mucho, hasta conseguir figuras geométricas perfectas, lo mismo que habían hecho antes en la confección de "les garberes". La costumbre era concentrar toda la cosecha de cereales alrededor de la era, antes de la trilla. Y todas las garbas, para que ocuparan poco espacio, formaban con ellas "garberas" que tenían la misma forma que le daban después "els pallers".

La figura geométrica de "les garberes" era siempre la misma, y su tamaño estaban en función de la cantidad de garbas que había. Si la cosecha había sido copiosa, "les garberes" eran más voluminosas y ante una cosecha escasa, Correspondían "garberes xiquiques".

Cuando en 1.915, llegaron las aguas dulces de El Progreso al campo de Elche, *y* se paso de secano a regadío, el poeta campesino Vicente Alarcón Macía, que vivía en Las Bayas, publicó unos versos en valencianos, que decían: "Bona es el aigua de El Progrés,/ pero buida les carteres,/ la del cel val algo més,/ fa mes altes les garberes,/ i no mos costa dinés..."

Cuando empezaba la trilla, cada mañana, se retiraban de la "garbera" una cantidad determinada de "garbas", para la "parva diaria". Y al final de la tarde, con el grano a buen recaudo, y la "palla en el paller" se limpiaba la era, dejándola dispuesta para la "parva" del día siguiente. Y así hasta que se daba la trilla por terminada. Una vez la trilla finalizada y vendida la cosecha depositada en el granero, se labraba el barbecho, preparándose la tierra para la sementera, cuando lloviese, cosa que no siempre ocurría. Eran esos días de transición,

que termina una campaña agrícola y se prepara la siguiente, con toda la ilusión del mundo, aunque esta ilusión esperanzada, en muchos casos, terminaba en desengaño, cuando la meteorología era adversa y una cosecha escasa o nula, por falta de lluvia.

Aproximadamente el 90% de los cereales que se sembraban en Elche, cuando eran tierras de secano, era cebada y el resto, avena y trigo. Y eso tenía su explicación, si tenemos en cuenta que la cebada era más resistente a la sequía que el trigo y que además era de ciclo más largo y precisaba estar más tiempo en la tierra, hasta su granazón.

A mitad del siglo XX, se introdujeron en el campo de Elche otras variedades de trigo, de ciclo más corto, que maduraban en el corto espacio de tres o cuatro meses. También solían plantar en plan minoritario, solo para uso doméstico, otros cultivos como el alazor, "les guixes y els pésols". En cuanto a frutales, en todas las casas de campo solía haber un pequeño jardín con un limonero, unos naranjos y unos perales de diferentes variedades, que se regaban con las aguas de aluvión, procedentes de la era, cuando llovía. Este pequeño jardín en los periodos largos de sequía, entraba en franca decadencia e, incluso, se secaban los árboles por falta de humedad.

Lógicamente, con unas circunstancias tan precarias en que se desenvolvían los agricultores ilicitanos de los tiempos pasados, lo normal era que vivieran pobremente y con dificultades económicas, en la mayoría de los casos, por la escasez de ingresos, al no tener la seguridad de que la cosecha de cereales pudiera llegar a feliz término, en aquellas tierras de secano, con lluvias escasas y un tanto irregulares, a pesar de que la mayoría de ellos eran poseedores de un gran patrimonio en fincas rústicas. De ahí el que gastaron lo estrictamente necesario, en el mantenimiento familiar, eliminando todos los gastos superfluos, fomentando el ahorro, no por gusto o por capricho, si no por pura y simple necesidad.

A pesar de tantos inconvenientes y tantas dificultades, en la vida diaria, como profesionales de la agricultura, continuaron, inmunes al desaliento y la fatiga, cultivando la tierra, con dedicación absoluta y con cariño de novio enamorado, lo cual es digno de admiración, por lo que tiene de entrega y sacrificio, no siempre bien comprendido y valorado, como se merece. Generosidad, entrega y sacrificio, han sido siempre las características más representativas de los agricultores ilicitanos, desde los tiempos más antiguos de que se tienen referencias.

De ahí el que queramos terminar este trabajo, erigiéndonos en defensores de los mismos, rompiendo una lanza en su honor, mediante el poema que transcribimos a continuación y que fue publicado en 1.980, y que dice así:

Yo quiero ser del campo pregonero,
el que ensalce a diario sus virtudes
como en un homenaje verdadero,
pregonero que canta solitudes,
intemperies, cansancios y sudores
a raudales y en grandes magnitudes.

Quiero hablar a los nobles labradores
de atormantada piel encallecida
y del agro, amor de sus amores.

De la tierra que late estremecida
al contacto del agua fecundante
y de ese Sol, venero de la vida.

Yo quiero resaltar a cada instante
la eclosión triunfal que reverbera,
manantial de savia rutilante

precursora de dulce Primavera,
y también de las lluvias otoñales
esperanza feliz de sementera,

antesala de frutos y trigales
portadores de mieses y de espigas
en las largas jornadas estivales,

compensando trabajos y fatigas
por ese laborar esperanzado
de unos pobres activos como hormigas

que con mimo de novio enamorado
cultivan esos campos con esmero
con esfuerzo y afán sacrificado.

PUIGOL
MUSEO ESCOLAR

Campesinos de temple tesonero,
de limpio corazón, de tez ajada,
del sol y de los vientos compañero.

Labradores de límpida mirada,
que unidos en estrecho maridaje
a esa tierra, con mimo cultivada,
formáis parte esencial de su paisaje
en el cuadro rural de la besana
llevando como sólido bagaje

la diaria inquietud que se desgrana
cual semilla de frutos precursora
que florece al sol de la mañana.

Saludáis a las luces de la aurora,
acompañáis a las sombras del ocaso
colofón de jornada agotadora,

al seguir, anhelantes, paso a paso
el lento caminar de los cultivos
para que proliferen sin retraso.

Por vuestro esfuerzo, crecen los olivos
y los campos, gozosos reverdecen,
y los trigos sazonan más altivos.

Vuestros nobles afanes bien merecen
el justo homenaje agradecido
de unos versos que os honran y enaltecen.

De unos versos que libren del olvido
a ese labrador sacrificado
que cultiva la tierra incomprendido

a golpes de sudores y de arado
esperando con ansia satisfecha
el galardón dichoso y deseado
del incierto final de la cosecha.

PUCOL
MUSEO ESCOLAR

Las Ermitas del Campo de Elche

A partir del siglo XVIII, empezaron a construirse diferentes Ermitas en el término municipal de Elche, hasta alcanzar la cifra de 16, que son las que existen en estos momentos. Algunas de estas Ermitas, son para una sola partida, y otras para dos. En el primer caso, están las de Matola, que está bajo la advocación de la Virgen del Carmen, la de Balsares, que está bajo la advocación de Santa Ana, la de Torrellano Alto, bajo la advocación de la Purísima Concepción, la de Torrellano Bajo, bajo la advocación de San Pedro, la de El Altet, bajo la advocación de San Francisco de Asís, las de Altabix, bajo la advocación de Santa Marta y Sant Antoni, que es una de las más antiguas. Pero a la romería de esta Ermita, que se celebra el 17 de Enero y que siempre es multitudinaria, acude más gente de la población que de las partidas rurales. La de Alzabares Alto, bajo la advocación de San Juan, la de Algoda, bajo la advocación de María Auxiliadora, la de La Marina que fue un simple traslado de la de El Molar, cuando se despobló el Caserío de San Francisco de Asís, que se construyó exprofeso para que atendieran a los agricultores que habían adquirido por el sistema de Enfiteusis las tierras colonizadas de los Carrizales, a mitad del siglo XXIII. Este templo de El Molar, más que Ermita era una Iglesia, (aun quedan en pie las paredes exteriores), pues este caserío tenía la condición de Capellanía, al que asignaron un capellán de manera

Uno de los templos de más reciente construcción, en el campo de Elche ha sido el de María Auxiliadora, en la pedanía de Algoda, que se construyó hace poco más de 20 años. Pero este templo, más que Ermita, por su tamaño y estructura, es una Iglesia. Un señor particular, cedió gratuitamente, el solar para su ubicación, junto a la carretera de Matola y el vecindario con sus donativos, ayudó a sufragar los gastos de construcción. A partir de esos momentos, la pedanía de Algoda, tiene dos Iglesias, la de María Auxiliadora y la del Ángel, que comparte con Pusol.

En cuanto a la Ermita primitiva de Torrellano Alto, fue abandonada hace ya muchos años, siendo sustituida por una Iglesia espaciosa, de nueva construcción y de estilo moderno, que viene funcionando desde ya cerca de medio siglo. Y no podía ser de otra forma, si tenemos en cuenta que cuando se construyó la ermita primitiva, Torrellano Alto era una partida rural con muy pocos habitantes, que vivían en casas de campo diseminadas y ahora es todo un núcleo urbano de cerca de cuatro mil habitantes, que divide en partes iguales, la carretera racional que enlaza Murcia y Alicante, y que está dotado de toda clase de servicios y habiendo perdido el aspecto de ruralidad que tuvo en los pasados tiempos, cuando no existía núcleo urbano consolidado.

También han crecido mucho en los últimos años, los núcleos urbanos de El Altet, La Marina y la Hoya, particularmente, los dos primeros, por las magníficas playas que atesoran, (la de El Altet, que ahora se conoce como Arenales del Sol, son las mejores del litoral ilicitano) donde acuden muchos veraneantes en los meses veraniegos. Lógicamente, al haber mayor concentración de personas, sus respectivas Ermitas ofrecen también mayor número de actos religiosos.

Aunque las playas de los Arenales del Sol, siempre pertenecieron a las pedanías de El Altet y de Balsares, hace unos años, el Ayuntamiento de Elche, administrativamente, las convirtió en una nueva pedanía, poniendo al frente de la misma a una persona que se identifica como Alcalde Pedáneo, o lo que es lo mismo, a un representante del Alcalde de Elche en este territorio, que en la actualidad no tiene nada de rural, si no que por el contrario, es una franja de



Compuerta del Rey en el tercer canal - Elche

permanente. Cuando a finales del siglo XIX, se inundaron los Carrizales, durante varios meses seguidos, a consecuencia de unas lluvias torrenciales, originándose una fuerte epidemia de fiebres terciarias, que produjo muchos muertos, los pocos habitantes que quedaron en el caserío de El Molar, emigraron a La Marina, llevándose el Santo consigo, cobijándolo en una ermita de nueva construcción en la pedanía de La Marina.

En cuanto a las Ermitas que abarcan dos pedanías, tenemos la de Algoda-Pusol, que está bajo el patronazgo del Ángel de la Guarda, la de Las Bayas, bajo el patronazgo de San Andrés, la de los dos Valverdes, bajo el patronazgo de Santa Ana, la de Perleta-Maitino, bajo el patronazgo de San Vicente Ferrer, la de Jubalcoy-Saladas, bajo el patronazgo de Santa Bárbara, la de La Hoya-Daimés, bajo el patronazgo de San Antonio Abad y la de Algorós-Derramador, bajo el patronazgo de San Isidro el Labrador.

Uno de los templos de más reciente construcción, en el campo de Elche ha sido el de María Auxiliadora, en la pedanía de Algoda, que se construyó hace poco más de 20 años. Pero este templo, más que Ermita, por su tamaño y estructura, es una Iglesia. Un señor particular, cedió gratuitamente, el solar para su ubicación, junto a la carretera de Matola y el vecindario con sus donativos, ayudó a sufragar los gastos de construcción. A partir de esos momentos, la pedanía de Algoda, tiene dos Iglesias, la de María Auxiliadora y la del Ángel, que comparte con Pusol.

En cuanto a la Ermita primitiva de Torrellano Alto, fue abandonada hace ya muchos años, siendo sustituida por una Iglesia espaciosa, de nueva construcción y de estilo moderno, que viene funcionando desde ya cerca de medio siglo. Y no podía ser de otra forma, si tenemos en cuenta que cuando se construyó la ermita primitiva, Torrellano Alto era una partida rural con muy pocos habitantes, que vivían en casas de campo diseminadas y ahora es todo un núcleo urbano de cerca de cuatro mil habitantes, que divide en partes iguales, la carretera racional que enlaza Murcia y Alicante, y que está dotado de toda clase de servicios y habiendo perdido el aspecto de ruralidad que tuvo en los pasados tiempos, cuando no existía núcleo urbano consolidado.

También han crecido mucho en los últimos años, los núcleos urbanos de El Altet, La Marina y la Hoya, particularmente, los dos primeros, por las magníficas playas que atesoran, (la de El Altet, que ahora se conoce como Arenales del Sol, son las mejores del litoral ilicitano) donde acuden muchos veraneantes en los meses veraniegos. Lógicamente, al haber mayor concentración de personas, sus respectivas Ermitas ofrecen también mayor número de actos religiosos.

Aunque las playas de los Arenales del Sol, siempre pertenecieron a las pedanías de El Altet y de Balsares, hace unos años, el Ayuntamiento de Elche, administrativamente, las convirtió en una nueva pedanía, poniendo al frente de la misma a una persona que se identifica como Alcalde Pedáneo, o lo que es lo mismo, a un representante del Alcalde de Elche en este territorio, que en la actualidad no tiene nada de rural, si no que por el contrario, es una franja de

municipal de la misma extensión y características del campo de Elche, donde hayan tantas como se han construido en las pedanías ilicitanas, durante los dos siglos anteriores, hasta el extremo de existir una Ermita para cada núcleo poblacional de unos mil habitantes aproximadamente, aunque estos feligreses habitan en casas de campo diseminadas y no agrupadas en caseríos.

Al principio del siglo XX, la población ilicitana oscilaba alrededor de los 30.000 habitantes, de los cuales, aproximadamente el 50 % vivían en el campo y el otro 50% en el casco urbano. Para atender, eclesialmente a la población urbana, solo habían cuatro parroquias: Santa María, El Salvador, San Juan y San José. En cambio, para atender a los 15.000 feligreses campesinos, había 15 Ermitas, a lo largo y ancho de todo el término municipal, lo que demostraba el interés del Obispado Alicante-Orihuela de tener bien cubiertas las necesidades espirituales de la feligresía campesina ilicitana.

En la mayoría de estas Ermitas rurales, solo se celebraban misas los domingos y algunos días festivos. Y para celebrar estos actos religiosos se desplazaban sacerdotes de las Iglesias de la población. Los encargados de estos desplazamientos, solían ser los Alcaldes Pedáneos que, popularmente, se les llamaba «diputats» u otras personas le las más significativas de la pedanía, que disponían de una pequeña tartana, tirada por una caballería, que realizaba este transporte. En algunos días festivos, la familia del Pedáneo, después de la misa, solía invitar al cura a «dinar» en su domicilio particular. Y después de la comida, lo devolvía a la población. En los demás casos, una vez terminada el acto religioso, llevaban a cabo el viaje de regreso del sacerdote.

La llave de la Ermita, solía estar en posesión de una mujer del vecindario, que solía desempeñar el papel de ermitaña. Esta mujer era la encargada de la limpieza de la Ermita y de abrir la puerta cuando se llevaba a cabo un acto religioso. También solía aportar algunas plantas ornamentales, particularmente, en Primavera y Verano, como alábegas por ejemplo, que tanto abundaban en las viviendas campesinas o «mayos» blancos y delicados hechos de semillas, dándole belleza y vistosidad para adornar el altar en la fechas señaladas. Generalmente, en las «porchas» de todas las casas de campo, había una gran cantidad de plantas ornamentales, que la



Ermita de San Antón en la actualidad

litoral, todo urbanizado junto al mar, donde el Ayuntamiento ha realizado fuertes inversiones, para convertirlo en un lujar de veraneo, donde acude mucha gente en plan vacacional, e incluso, muchas familias tienen aquí vivienda permanente todo el año. Lo que es la pedanía de El Altet propiamente dicho, tiene también sus propias playas, lindantes con la de Arenales del Sol, de blancas y limpias arenas, muy bien conservadas, por cierto.

Y volviendo al tema de las ermitas, que es el argumento de este capítulo, diremos que dudamos mucho que exista otro término

tantes de la pedanía, tanto mujeres como hombres. También solían ir los Pedáneos de las pedanías colindantes, invitados por el Pedáneo de la partida rural que celebraba los festejos.

Estos Alcaldes Pedáneos, detrás del Cura, presidían la procesión. Y cuando conseguían que el Ayuntamiento mandase al Concejal de Pedanías, este engrosaba la Presidencia de la procesión, aunque esto solo ocurría en contadas ocasiones y en las pedanías más relevantes y significativas.

En la explanada que hay delante de todas las Ermitas, desde la noche anterior, varios "cacahueros", instalaban "paraetes", donde vendían "torrat" y otras chucherías, que la gente compraba y comían mientras comentaban, con los vecinos y amigos, todo lo relacionado, no solo con la festividad del día, si no también los avatares de la vida diaria.

Lógicamente, en ese domingo tan señalado, el vecindario de la pedanía, no realizaba ningún trabajo agrícola, exceptuando aquellos que no admitían demora en su realización.

Para salir en estas procesiones, previamente, el «Diputat» solicitaba del Cura correspondiente, a que designase a un capellán para presidir este acto religioso, para darle más solemnidad. Una vez finalizada la procesión, en los alrededor de la Ermita, se organizaba un baile que duraba hasta las doce de la noche. A esa hora, se cerraba la Ermita y se daba la fiesta por terminada hasta el año siguiente.

En los últimos tiempos, el broche de oro de estas fiestas, patronales de las pedanías del campo, era un castillo de fuegos artificiales, que se quemaba tan pronto finalizada la procesión. Esto era una copia de lo que ocurría en las Fiestas Patronales de la población, aunque a menor escala de lo que ocurría en Elche a mediados del mes de Agosto, estos fuegos artificiales, suponen el capítulo de gastos más importantes al que tienen que hacer frente la Comisión de Fiesta de la pedanía, que se encarga de recoger fondos para tales fines, aunque todo el vecindario contribuye con sus donativos a sufragar los gastos que generan estas fiestas, aunque sea solo en parte.

En los pasados tiempos, las gentes campesinas, apenas tenían ocasiones para reunirse, en plan lúdico, ya que en el campo, no existían centros sociales y apenas se desplazaban de los medios rurales. Por lo tanto, las fiestas de las Ermitas, eran una ocasión muy



Restos de la iglesia de El Molar

mujer mimaba con esmero y delicadeza, demostrando un gran amor a la belleza y la jardinería, existiendo un gran prurito para ver cual de ellas las criaba más grandes i loranas. Cuando estas mujeres llevaban sus mejores plantas a la Ermita los domingos y días festivos, sentían una gran satisfacción al contemplar como las demás mujeres las envidiaban y las admiraban.

Pero cuando Las Ermitas adquirían su mayor protagonismo, era en los días en que se celebraban las fiestas patronales de la pedanía. Si dentro del Santoral, el día del Patrón o de la Patrona, correspondía a una fecha laborable, la festividad se celebraba el domingo siguiente. Para ese día tan señalado, las muchachas de la pedanía, se hacían trajes nuevos, que lucían en la procesión por la tarde, procesión que discurría por los diferentes caminos de los alrededores de la Ermita. En estas procesiones, salían alumbrando la mayor parte de los habi-

apropiada para reunirse y pasar unas horas juntos, hablando de sus cosas. Y sobre todo, para los chicos y las chicas, era una de las pocas oportunidades que se les presentaba, a lo largo de todo el año, para conocerse y empezar una relación amorosa. Por tal motivo, a la fiesta de una ermita determinada, no acudía solo la juventud de la pedanía correspondiente, si no también la de las pedanías limítrofes. Y a partir de la segunda década del siglo XX, cuando se generalizó el uso de la bicicleta en el campo de Elche, y las distancias no suponían ningún problema, los chicos de las partidas rurales ya acudían a las fiestas de todas las pedanías, y por consiguiente, aumentaba su radio de acción, cuando de buscar novia se trataba. Esa circunstancia, tuvo una gran incidencia social entre la juventud, ya que hasta entonces, como se desplazaban a pie, solían emparejarse con las muchachas de los alrededores, que tenían más a mano. Y más tarde, al disponer de bicicletas, para sus desplazamientos, ya buscaban pareja a lo largo y anclo de todo el término municipal, excepto en la población.

Hasta tiempos recientes, en el campo de Elche, los emparejamientos, entre los jóvenes, se producían casi exclusivamente, entre chicos y chicas campesinas, siendo muy raro que un campesino que trabajaba en la agricultura, se emparejara con una muchacha de población, que se ocupara de otros menesteres, al margen de la agricultura, o a la inversa. Y mucho menos aun que se relacionase con un muchacho de otros lugares de los aledaños. El colectivo campesino ilicitano, formaba una especie de compartimento estanco, encerrado en si mismo, mostrándose orgulloso y satisfecho de su trabajo y de sus rasgos culturales, de sus costumbres y de sus tradiciones, que se iban transmitiendo de padres a hijos, a través de las generaciones, como un patrimonio espiritual al que no querían renunciar.

Y esos rasgos culturales diferenciadores, no se limitaban solamente a la manera de cultivar la tierra y a los aperos y herramientas empleadas en estos menesteres, si no también, y sobre todo, a sus comportamientos personales y hasta su vestimenta, que era muy diferente a la que usaba el colectivo ciudadano que vivía y trabajaba en la población.

Los habitantes de cada pedanía se sentían todos orgullosos del Santo o la Santa que ejercía la función de patronazgo en sus respectivas Ermitas. Y existía una sana competencia entre ellos, a la hora



Panorámica de la Ermita de San Antón durante la romería celebrada en el primer tercio del siglo XX.

de organizar las fiestas patronales, para conseguir superar en festejos a las demás pedanías de los alrededores.

Aunque de un tiempo a esta parte, han cambiado mucho las costumbres y las formas de vivir, no solo en el campo de Elche, si no también en todas partes, las fiestas patronales del campo de Elche, en sus diferentes Ermitas, no han perdido vigencia y ni esplendor, si no todo la contrario, ya que siguen celebrando con el mismo boato y suntuosidad de la que tenían en los tiempos pasados. Y a estas fiestas campesinas, no acuden solamente las gentes del medio rural, si no también mucha gente de la población que tienen «Chalets» en las diferentes pedanías, para pasar sus vacaciones y los fines de semana, con la particularidad de que ahora no se distinguen en nada "els llauraors de la gent del poble", ya que todos visten igual, conducen los mismos coches, tienen un nivel cultural parecido y viven en viviendas igual de lujosas y con las mismas comodidades.

¡Cómo han cambiado las cosas, en los últimos tiempos!... Y han cambiado para mejor, borrándose muchas diferencias sociales, que antes estaban mucha más acentuadas.



1- Andrés Gomis Alonso. Primer presidente de Nuevos Riegos el Progreso S.A. Archivo de la Sociedad Nuevos Riegos el Progreso.



2- Ernesto Martínez Riviere. Autor del proyecto de canalización de Nuevos Riegos el Progreso S.A. Archivo de la Sociedad Nuevos Riegos el Progreso.



3- c. 1906. Transporte de maquinaria para las elevaciones de Nuevos Riegos el Progreso. Archivo de la Sociedad Nuevos Riegos el Progreso.









1917. Elevaciones de Nuevos Riegos el ogreso S.A.. Óleos de P. Pérez. Archivo la Sociedad Nuevos Riegos el Progreso.



5- S. XX. Comunicado de la Sociedad Nuevos Riegos el Progreso a los ilicitanos haciéndoles partícipes de s proyectos. Arxiu Històric Municipal d'Elx.

9 de Enero de 1910

El 9 de Enero de 1910, es una fecha importante para la agricultura ilicitana, hasta el extremo de que marca la divisoria de dos épocas históricas, como fue el pasar de secano a regadío. Ese día, marca un hito histórico en el campo de Elche, ya que hasta esa fecha, solo se regaban con las aguas salitrosas que discurren por el cauce del Vinalopó, y que se distribuyen en una décima parte de su extensión superficial, a través de la Acequia Mayor del Pantano. Y a partir de esos momentos, empezaron a regarse con aguas dulces de los sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, en la pedanía de El Molar y distribuidas por la recién creada Sociedad Mercantil Nuevos Riegos El Progreso y elevadas por el sistema de bombeo, sistema innovador y desconocido hasta entonces por estas latitudes. De ahí el gran impacto que causó en los ámbitos agrarios ilicitanos, cuando se convirtió en una gozosa realidad y pudieron beneficiarse de sus bondades.

Como es bien sabido, Elche está situada en una de las zonas más secas y áridas de la Península Ibérica, en donde la escasez de recursos hídricos ha sido una constante invariable, desde los tiempos más antiguos. Unas simples datos nos ratificarán esta apreciación: la temperatura media en Elche, durante todo el año, está cifrada en los 18 grados centígrados, y la pluviometría media apenas alcanza los 280 litros de lluvia por metro cuadrado y año, menos del 50% de la media nacional, que oscila alrededor de los 600 litros.

Con estas temperaturas tan elevadas y con este régimen de lluvias tan escasas, lo lógico y normal es que el campo de Elche estuviese sediento casi siempre, por la carencia de recursos hídricos. Partiendo de estas circunstancias, lo normal es, que por falta de humedad, las cosechas fueran escasas, y en algunos casos, nulas.

De ahí el que el colectivo campesino ilicitano, desde tiempo inmemorial reivindicase constantemente, el traer aguas trasvasadas de otras cuencas excedentarias, para suplir las deficiencias hídricas que siempre se padecieron en estas comarcas. La primera referencia escrita que se conserva de esta reinvindicación, está fechada el día 25 de Mayo de 1420, hace la friolera de 532 años, en que se pidió por primera vez «portar aigües del Xúquer» para regar las resecas tierras alicantinas, petición a la que siempre se pusieron, denodadamente, los agricultores valencianos, alegando que «el Xúquer no te sobrants i estes aigües se necesiten per a regar el Horta de Valencia». Posteriormente, se realizaron otros intentos, en el mismo sentido, con idénticos resultados negativos. Incluso, en el año 1933, durante la Segunda República Española y siendo Ministro de Obras Públicas Indalecio Prieto, hubo un nuevo proyecto que no se pudo materializar, por los avatares políticos y bélicos que se produjeron en los años posteriores. En esta ocasión, el proyecto del Ingeniero Manuel Lorenzo Pardo, contemplaba trasvasar aguas desde las Lagunas de Ruidera hasta la provincia de Alicante. Hasta que por fin, en el año 1970 en plena Dictadura Franquista y siendo Ministro de Obras Públicas Federico Silva Muñoz, se proyectó y se realizó el trasvase Tajo-Segura, partiendo del embalse de Entre Peñas y Buendia, para regar tierras de las provincias de Alicante, Murcia y Almería. Estas primeras aguas trasvasadas llegaron al campo de Elche en 1.979. Después de tan larga espera, ese sueño reivindicativo de los campesinos ilicitanos, que parecía una utopía irrealizable, se convirtió en una gozosa realidad.

Pero retrocedemos en el tiempo y situémonos de nuevo en los primeros años del siglo XX. En aquellas fechas, vivía un ilicitano, hijo de madre francesa, Ingeniero Técnico Industrial de profesión, llamado Ernesto Martínez Riviere, que era un ferviente enamorado de todas las cosas de su pueblo, particularmente, de su agricultura, y de los avances tecnológicos de su tiempo. Y ha pesar de que disponía de muy pocos medios materiales para desarrollar, desde el punto de vista científico, quiso materializar un proyecto obsesivo, que le iba rondando por la cabeza, desde hacía algunos años, como era el elevar las aguas por el sistema de bombeo, de los

sobrantes de la Vega Baja del Segura, para regar con aguas dulces, las sedientas tierras ilicitanas. Aquel proyecto, en aquellos tiempos, parecía una pura utopía, y mucho más aun en los medios rurales, con unos agricultores de un nivel cultural muy bajo y escépticos por naturaleza, que no llegaban a comprender como podían elevarse las aguas a cotas más elevadas, mediante unas técnicas que ellos desconocían por completo. Pero Ernesto Martínez Riviere, tenaz como él, solo e inmune al desaliento, organizó reuniones con los agricultores, donde les explicaba, con todo detalle, el contenido de su proyecto y la seguridad absoluta de que si se llevaba a cabo, iba a ser todo un éxito. Pero lo primero que tenían que hacer, era constituir, exprofeso, para tales fines, una Sociedad Mercantil adecuada, para que, a través de la misma, se pudieran llevar a cabo todas las gestiones y trámites necesarios, de cara a la Administración, con la finalidad de que se les concediera las concesiones de agua apropiadas para estos riegos.

Y por fin, después de muchas reuniones con los agricultores, que tenían que beneficiarse de estos nuevos regadíos, el 11 de abril de 1906, en la notaría ilicitana de Don Juan Ferrer Orts, fue legalizada, mediante escritura pública, la Sociedad Nuevos Riegos El Progreso, S.A. e inscrita en el Registro Mercantil de Alicante, el 15 de Mayo del mismo año. El acta constitucional de esta Sociedad, que se redactó unos días antes, estaba firmada por ocho agricultores propietarios de tierras en las pedanías de La Marina y El Molar, que iban a ser beneficiarios de los nuevos regadíos, y que se constituyeron en Comisión Gestora. Estas ochos personas, eran las siguientes: como Presidente, Andrés Gómis Alonso, como Secretario, Francisco Sánchez y como Vocales, Antonio Sepulcre, Salvador Amorós, Salvador Giner Pomares, Gregorio Fidel y Agustín Miralles.

Esta Sociedad se constituyó con un capital social de 2.510 pesetas, representadas por 502 acciones de cinco pesetas cada una.

Una vez constituida legalmente la Sociedad, la Administración les concedió una dotación de agua de 80 litros por segundo del azarbe El Convenio, para regar 8.000 tahullas de tierra de La Marina y El Molar. Las primeras obras empezaron a ejecutarse tres meses después, es decir, en el mes de julio del mismo año, en el término municipal de San Fulgencio, en el punto denominado Puente de Ortiz. Tres años y medio después, concretamente, el 9 de Enero de 1910, una vez finalizadas todas las obras, se elevaron y se distribuyeron las primeras aguas dulces elevadas por el sistema de bombeo,

por el partidor 23, en las tierras de Don Joaquín Sánchez Rojas. El precio estipulado para estas aguas, fue el de diez céntimos el minuto, o lo que es lo mismo, seis pesetas la hora, en una talla de 40 litros por segundo.

Entre Julio de 1906 a Enero de 1910, se construyeron 13 kilómetros de cauces, entre tuberías y canales, dependencias, instalaciones, etc. Se colocaron, asimismo, maquinaria de bombeo para elevar las aguas y todos los demás elementos que se precisaban para poner en funcionamiento aquella obra, que entonces se consideraba revolucionaria.

Aquella fecha del 9 de Enero de 1910, supuso un antes y un después para la agricultura ilicitana, marcando un hito histórico, como reseñamos al principio de este capítulo.

A pesar de las reticencias que existían en el conjunto del colectivo campesino, ante este proyecto de elevar las aguas por el sistema de bombeo, fue un éxito completo, hasta el extremo de que se llevaron a cabo nuevas emisiones de acciones, se solicitaron nuevas concesiones de agua, hasta totalizar los 1.000 litros por segundo. Se realizaron nuevas canalizaciones y se amplió la zona regable, hasta alcanzar las 10.000 hectáreas de las mejores tierras del campo de Elche, desde El Altet hasta Matola. En esta segunda fase, los regadíos empezaron en 1915. El Alma Máter de esta magna empresa que tuvo repercusión nacional, fue Ernesto Martínez Riviere.

El principal mérito del Progreso consistió en ser una empresa estrictamente ilicitana, en todos los aspectos y sentidos, desde el proyecto, la gestión, la capitalización y las tierras que tenían que beneficiarse con estos nuevos regadíos.

Esta zona regable que se amplió substancialmente, unos años después por medio de la Real Compañía de Riegos de Levante, que puso en regadío cerca de 40.000 hectáreas de tierra de diez términos municipales del sur de la provincia de Alicante, que abarcan desde Orihuela hasta El Campello. De estas 40.000 hectáreas, aproximadamente el 50% son tierras ilicitanas. Estos nuevos regadíos ampliados y con aguas de la misma procedencia fueron inauguradas por el Rey Alfonso XIII, el 31 de Enero del año 1923.

Nuevos Riegos El Progreso abrió el camino al desarrollo de la agricultura ilicitana, al dotarla de aguas dulces elevadas por el sistema de bombeo de los sobrantes de la Vega Baja del Segura. Y

unos años después, lo que hizo la Real Compañía de Riegos de Levante, fue ampliar estos regadíos por el mismo procedimiento, convirtiendo un estrecho camino en amplia autopista. .

La cuestión fue que a partir de Enero de 1910, el campo de Elche cambió de aspecto y mejoraron, sobremanera, sus perspectivas de futuro. Hasta esos momentos, la situación de la agricultura ilicitana era la siguiente: unas 8.000 tahullas de tierra de los alrededores del casco urbano, se regaban con las aguas salitrosas que discurren por el cauce del Vinalopó, distribuidas en la margen derecha a través de la Marchena y en la margen izquierda por el resto de los partidores de la Acequia Mayor del Pantano, casi todas plantadas de palmeras, olivos y granados, que son los cultivos arbóreos más resistentes que admiten estas aguas de tan mala calidad. De ahí el que abundaran tanto estas tres especies arbóreas en los pasados tiempos, hasta convertirse en especies emblemáticas en el campo de Elche, tan vinculados a la cultura ancestral ilicitana. Y el resto del término municipal, que separaban las 30.000 hectáreas, eran terrenos de secano, donde solo se sembraban cereales, particularmente cebada, cuyas cosechas eran muy inciertas y que están supeditadas a los avatares meteorológicos, hasta el extremo de que si llovía con abundancia y en el momento oportuno, la cosecha podía ser óptima y abundante. De lo contrario, la cosecha, sería escasa, o incluso, nula por carecer de la humedad necesaria, malográndose el trabajo de todo un año. Esta inseguridad de que la cosecha pudiera llegar al buen fin, era como la espada de Damoclés que pendía siempre sobre las cabezas de los sufridos agricultores ilicitanos, que se sentían impotentes para cambiar el rumbo de las cosas, por mucha voluntad que pusieran en ello.

Pero, a partir de estas fechas, al disponer de aguas dulces para poder regar sus tierras cuando precisaran humedad, aunque estas aguas eran de sobrantes, y por consiguiente, un tanto inseguras, y además, había que pagarlas a unos precios bastante elevados, pero por lo menos existían la posibilidad de regar cuando los cultivos lo necesitaran, lo que les daba a los agricultores ilicitanos la seguridad de que sus cosechas llegarían a buen fin y no se malograrían como había ocurrido hasta entonces con demasiada frecuencia. Y lo que era más importante, aun, que la agricultura ilicitana había adquirido una mayor diversidad, al introducirse en el campo de Elche, mayor número de cultivos de los que habían hasta entonces, lo mismo

arbóreos como hortícolas, ampliando el abanico de posibilidades, en cuanto a las producciones que se podían obtener, a lo largo de todo el año, y por consiguiente mayores posibilidades de ingresos en sus precarias economías familiares.

Y proliferaban por doquier las plantaciones de almendros, de higueras, de parrales de uva de mesa, de limoneros, de naranjos, de perales, de manzanas, etc., convirtiendo al campo de Elche en un auténtico vergel, en una huerta feraz y exuberante. Y no solo se introdujeron nuevos arbolados, si no también, nuevas hortalizas y verduras, e incluso plantas industriales, como eran el cáñamo y el algodón, oriundos de la huerta de Murcia, de las vegas Media y Baja del Segura, así como ñoras, para la fabricación del pimentón, tomates de conserva, melones, sandías, pimientos, berengenas, pepinos, coliflores, habas, guisantes y un largo etcétera. Esta gran variedad de cultivos agrícolas propiciaba el que se recogieran cosecha los doce meses del año, ya que habían hortalizas de Primavera, de Verano, de Otoño y de Invierno, y por consiguiente mayores posibilidades de ingresos. Hubo año en que llegaron a plantarse más de diez mil hectáreas de hortalizas y verduras. Paralelamente, disminuían los cereales, hasta llegar a desaparecer por completo en la última década del siglo XX.

La época más floreciente y próspera del campo de Elche, está comprendida entre el final de la Guerra Civil y 1990. Durante esos 50 años, el campo de Elche rebosaba lozanía y prosperidad, por los cuatro puntos cardinales. Todas las tierras estaban bien cultivadas y se recogían abundantes cosechas los doce meses del año. Aun no se había agudizado la diáspora de la juventud campesina, en busca de otros horizontes de trabajo, que se produjo a partir de esas fechas, por diferentes causas y motivos, que estudiaremos en otros capítulos de este libro.

Al plantarse nuevos cultivos hortofrutícolas y haber nuevos y abundantes productos para comercializar, hubo necesidad de construir una Lonja de Frutas y Verduras, para darle salida comercial a todos estos productos agrarios cosechados en las diferentes pedanías ilicitanas. Y esta nueva Lonja se construyó en la periferia de la población, al oeste del casco urbano, en la plaza que después construyeron la Iglesia del Corazón de Jesús.

Unos años después, cuando la expansión urbanística de la población ensanchando sus límites y la Lonja se quedó aprisionada y hubo necesidad de trasladarla al extremo opuesto de la ciudad, en la pedanía de Altabix, en plena zona rústica, con unas amplias instala-

ciones y dependencias, convirtiéndose en un mercado mayoritario, de los más importantes de la provincia de Alicante.

A partir de esos momentos, "El prao", (así llamaban los agricultores a la Lonja de Frutas y Verduras), se convirtió no solo en un centro comercial importante, por el que pasaban la mayor parte de los productos agrarios cosechados en el campo de Elche y sus aledaños, si no también en un punto de reunión de los agricultores, que se reunían a las primeras horas de la mañana, para intercambiar opiniones y hablar de sus cosas, así como para estar al corriente de los precios y las tendencias de los diferentes productos agrarios que se cosechaban en el campo de Elche.

Incluso se establecía contactos con los intermediarios, cuando se pretendía vender o comprar alguna propiedad rústica o urbana. Las primeras horas de los días laborables, "El prao" se convertía en un auténtico Templo de Mercurio, donde los agricultores, comercializaban no solo los productos agrarios que cosechaban en sus bancales, si no también algún que otro solar de la periferia de la población, que se iba expandiendo a paso agigantados, en aquellos años del desarrollismo y prosperidad de todos los sectores productivos del pueblo de Elche.

Cuando llegaron las primeras aguas dulces de riego de mejor calidad, de las que existían hasta entonces, al mismo tiempo de hacerse la agricultura más rica y próspera, cambió por completo las costumbres y comportamientos del sector campesino ilicitano y su cultura ancestral, que había permanecido inamovible, desde tiempo inmemorial. Incluso, cambió su gastronomía y su régimen de comidas, que en cualquier lugar del mundo está siempre supeditado a los productos que se cosechan, regularmente en cada lugar o región. Y al ampliarse en el campo de Elche de una manera substancial el abanico de las producciones agrarias de carácter alimenticio, paralelamente, se amplió también las posibilidades culinarias de su régimen de comidas que se hizo más amplio y diverso, introduciendo nuevas recetas en su cocina, que hasta entonces había sido muy sencilla y con pocas variaciones.

Al cosecharse nuevos productos hortofrutícolas que se comercializaban en la Lonja de Frutas y Verduras, cambiaron las costumbres de los agricultores que vivían en las diferentes pedanías ilicitanas, que se tenían que desplazar en carros por los caminos polvorientos para llegar hasta "El prao" al despuntar el Alba, que

era la hora que empezaba la venta. Esa circunstancia, les obligaba a madrugar mucho, pues algunos de ellos vivían hasta seis kilómetros de distancia de la población, invirtiendo más de dos horas en el recorrido. También cambió mucho el régimen de ingresos de los agricultores, ya que hasta entonces, solo recibían dinero muy de tarde en tarde, cuando vendían la cosecha de cereales o de granadas. Y a partir de estos momentos, hacían frecuentes ventas en "El prao", aunque en pequeñas cantidades, tenían ingresos todas las semanas o todos los meses, aunque también eran más frecuentes los desembolsos que tenían que realizar, para sacar adelante los diferentes cultivos de hortalizas y verduras que plantaban en sus bancales. También cambió mucho el aspecto laboral, ya que a mayor abundancia de cultivos, se incrementó mucho la necesidad de mano de obra y había que buscar más jornaleros y gentes asalariadas, (hombres o mujeres), dependiente del trabajo que había que realizar), que trabajasen por cuenta ajena.

El cambio experimentado en el campo de Elche y por el colectivo campesino, a partir del 9 de Enero de 1910, fue muy notable, ya que de la noche a la mañana, gracias a los nuevos regadíos, tenían otro aspecto y otras perspectivas más halagüeñas. Aquello ya era otro mundo muy diferente, en que los agricultores no tenían que estar siempre mirando al cielo, implorando unas lluvias tan necesarias y que aquí se mostraban muy esquivas, para que no se malograsen las cosechas. Por lo menos, podían regar con aguas dulces, aunque estas aguas fueran de sobrantes y además, tenían que pagarlas a unos precios bastante elevados.

El otro aspecto muy importante de esta mejoría, consistió en el gran incremento patrimonial del colectivo campesino, ya que al convertirse las tierras ilicitanas en regadíos, aumentaron notablemente su demanda y valor comercial, y por consiguiente patrimonial, hasta tal punto, que las tierras ilicitanas que de la noche a la mañana, al pasar de secano a regadío, habían duplicado su valor comercial, o lo que es lo mismo, su riqueza potencial.

Y todo eso se lo debían a la llegada de las aguas dulces, distribuidas, primero por Nuevos Riegos El Progreso y unos años después por la Real Compañía de Riegos de Levante, que cambiaron de aspecto, mejorando la geografía agraria del sur de la provincia de Alicante en general, y en particular, la geografía agraria ilicitana.

Casas de Campo

Al revés de lo que ocurrió siempre en los pueblos de nuestro entornos, los agricultores ilicitanos, desde tiempo inmemorial, vivieron en casas de campo al pie de sus explotaciones agrarias. En cambio, los agricultores de los pueblos limítrofes, (Dolores, Catral, Crevillente, Hondón de las Nieves, Aspe, Monforte), vivieron siempre en sus poblaciones respectivas, de tal manera, que a primeras horas de la mañana, salían al campo a realizar sus trabajos habituales y a última hora de la tarde, finalizada su jornada de trabajo, regresaban a su hogar para pernoctar. Y así, todos los días laborables del año. Y en esas casas de la población, tenían sus bodegas, si eran cultivadores de viñedos o sus almacenes para depositar sus cereales o demás productos agrarios que cosechasen. Trabajaban en el campo y vivían en la población, aunque en estas pequeñas poblaciones, las costumbres y las formas de vivir, conservaban una cierta ruralidad porque casi la totalidad de sus habitantes, tenían a la agricultura como su ocupación habitual.

En ese como en otros muchos aspectos, los agricultores ilicitanos, tenían unas costumbres y unas formas de vivir, diferentes a las de sus vecinos. Y esas diferencias arrancaban desde la época romana, concretamente desde la centuriación que llevaron a cabo en el campo de Elche hace dos mil años, que fue una de las pocas centuriaciones que realizaron en la Península Ibérica.

Como es bien sabido, los romanos encausaron unos regadíos primigenios en el campo de Elche, con las aguas salobres que discurren por el Vinalopó. Y, a continuación, alrededor de Ilici y a ambos márgenes del río abarcando toda la zona regable, trazaron 225 centurias con una superficie total de 11.340 hectáreas, es decir, con una media de 50 hectáreas cada una de ellas. Por los límites de estas centuras, trazaron los cauces para regarlas y los caminos para comunicarse entre si. Estos cauces de riego y estos caminos en sus trazados principales han llegado, fosilizados hasta nuestros días.

Estas centurias, se las cedían a los centuriones, cuando por razón de edad, tenían que abandonar las milicias con la condición de que en el plazo de 20 años, no podían venderlas ni pignorarlas. Como estaban obligados a avecindarse en esas propiedades rústicas, se les permitía construir en su interior, sus propias viviendas rurales, a pie de obra, para tener sus propiedades mejor guardadas y vigiladas. De esa manera, a lo largo y ancho de esas centurias, empezaron a construirse en el campo de Elche, las primeras viviendas romanas, llamadas "Villas". Como en muchos kilómetros a la redonda, los romanos no trazaron ninguna otra centuriación, este fenómeno social de vivir los agricultores en casas de campo, fue único en estas comarcas.

Siete siglos después, cuando los árabes invadieron estas tierras adaptaron el sistema romano, tanto en los regadíos como lo de vivir los agricultores en casas de campo. Lo único que cambió fue el nombre de estas viviendas y lo que hasta entonces se habían llamado "Villas Romanas", pasó a denominarse "Raals" y si habían varias casas juntas "Alquerías". La cuestión fue que los árabes avencindados en esta comarca, que se dedican al cultivo de la tierra, continuaron habitando en casas de campo, a lo largo y ancho del término municipal, aunque el núcleo urbano lo trasladaron dos kilómetros más al norte, por considerar que la nueva ubicación reunía mejores condiciones de defensa.

Otra razón fundamental que propició que los agricultores ilicitanos de todos los tiempos, vivieron siempre en casas de campo, fue la gran extensión superficial del campo de Elche, que totaliza 33.576 hectáreas, lo que significa que las pedanías de la periferia (Carrizales, El Molar, La Marina, El Altet, Santana, Vallongas,

Ferriol, Peña de las Águilas, Matola, Pusol) está a cuatro o ocho kilómetros de distancia del casco urbano. Con esas distancias tan largas y con los medios de transportes tan lentos que existían en los pasados tiempos, los agricultores que cultivaban estas tierras periféricas, lógicamente, no podían vivir en el caso urbano desplazándose diariamente para cultivar sus propiedades.

Por tal motivo, esa cultura campesina relacionada con la vivienda de agricultores, desde la época romana, continuó inalterable, a lo largo de los siglos. De esa manera, los godos continuaron el modelo de los romanos, los árabes el modelo de los godos y los cristianos el modelo de los árabes, cuando estos fueron desalojados de sus dominios en el año 1264 y expulsados definitivamente en 1609.

Cuando por derecho de conquista, los cristianos recuperaron estos territorios en 1264, los agricultores ilicitanos continuaron viviendo en casas de campo, pero a partir de esos momentos, se establecieron dos tipos de vivienda: la casona señorial y solariega de dos plantas en las grandes fincas de la margen izquierda del Vinalopó, que el Rey Jaime I había entregado a los personajes de alta alcurnia, que formando parte del Ejército, habían tomado parte en la reconquista de estos territorios y las casas sencillas de una sola planta que se construían las familias modestas, que se dedican al cultivo de la tierra. Por el tamaño y por las estructuras de estas viviendas, se conocía el estrado social y económico al que pertenecían los dueños de las mismas.

Estos dos tipos de viviendas rurales en el campo de Elche, (la casona señorial de dos plantas y la casa sencilla de una sola planta), continuó existiendo en las pedanías ilicitanas a lo largo de muchas generaciones, aunque paulatinamente iban disminuyendo las primeras y aumentando las segundas, en función de que disminuían el número de familias acomodadas, que tenían otras ocupaciones al margen de la agricultura y aumentaba el número de familias modestas que se ocupaban exclusivamente, del cultivo de la tierra. Y "estes cases dels llauraors del camp d'Elx", estaban todas ellas cortadas por el mismo patrón. Se trataba de viviendas de planta baja, orientadas hacia el sur, con la pendiente a dos aguas, con una "porchà" en la parte delantera para ensombrecer la puerta principal y las ventanas de los dormitorios y un corral en la parte trasera para

cobijar las caballerías y otros animales, como gallinas y conejos. Y en la parte central del edificio, estaba la cocina, el comedor y alguna otra dependencia para diferentes usos. Estas casas de campo solían tener dos aljibes (que llamaban "pous", uno interior donde iban a parar las aguas de lluvia del tejado, que se gastaban para uso doméstico y otro exterior, donde se almacenaban las aguas de aluvión de la "era i la replaça", que se empleaba para dar de beber a los animales domésticos y regar las plantas ornamentales. Al "pou" interior solo se le ponían las aguas del tejado entre los meses de Octubre y Abril, ya que las del resto del año, se corrompen por el calor. En los años de sequía, que aquí se suelen producir con mucha frecuencia, se pasaban muchas dificultades para poder hacer acoplo del agua necesaria para poder cubrir las necesidades más elementales de este bien tan preciado como es el agua.

En la parte sur del término municipal, las fincas más importantes donde trabajaban por cuenta ajena mucha gente de jornaleros y donde las capas freáticas están menos profundas, solían perforar "pous" para disponer de otras aguas complementarias a las que proporcionaba la lluvia. Estos "pous" dejaron de perforarse en los primeros años del siglo XX, cuando llegaron las aguas dulces procedentes de la Vega Baja del Segura y mejoró, sobre manera, la situación hídrica de estas comarcas.

Durante varios siglos, todas las casas que se fueron construyendo en el campo de Elche, tenían la misma estructura y se ajustaban a las mismas características arquitectónicas. En cuanto a los materiales empleados en las mismas, eran idénticos: tejas planas de cerámica para el tejado, vigas de madera para la techumbre, un tejido de cañas entre las tejas y las vigas sobre el cual se ponía una capa de barro para que descansasen las tejas. Las paredes se construían de piedra unida con yeso, (en épocas más antiguas se empleaba la cal para unir las piedras), y las puertas y ventanas de madera de pino. Hasta hace pocas décadas, en este tipo de construcciones no se empleó nunca ni hierro, ni cemento. Y por supuesto, no había agua corriente, ni cuarto de baño, ni luz eléctrica, y para dar salida a las necesidades fisiológicas, se construía dentro del corral.

Después de la Guerra Civil Española, la agricultura ilicitana, tuvo unos años de florecimiento y prosperidad, como no se había



Una explotación agraria, con su correspondiente vivienda

conocido antes. Fueron esos años en que por motivos políticos, España se quedó aislada del concierto internacional, sin comercio exterior, depauperada en grado sumo, después de tres años de contienda fratricida, con centenares de miles de hombres jóvenes en el servicio militar, en las cárceles, por motivos políticos y en campos de concentración, con los alimentos básicos racionados, por debajo de las necesidades básicas vitales de la mayoría de la población española. Durante esa época calamitosas, todo lo que se producía en el campo que fuera comestible, se vendía pronto y a buenos precios. Y aunque los productos básicos cereales, leguminosas, aceite, carne, leche, etc. había que entregarlos a la Comisaría de Abastecimientos y Transportes y se pagaban al precio oficial, que era mucho más bajo que los precios del mercado libre (llamado estraperlo). Había otros productos como eran las frutas y verduras, que se podían vender libremente, a unos precios bastante substanciosos. Como también existía una cierta picaresca a la hora de declarar las cosechas obtenidas y que estaban sujetas de declaración oficial. Había también otra circunstancia favorable, como era el que los géneros se

vendían a buenos precios, mientras los costos de cultivo eran escasos, ya que estaban baratos los jornales, el agua de riego, los fertilizantes, etc. Tanto era esto así, que se dieron casos en que con el importe de una cosecha de trigo, hubo suficiente para pagar la tierra que se había comprado unos meses antes.

La cuestión fue que durante esa época, la situación económica del campesinado ilicitano, en términos generales, fue próspera y boyante. Y como el valor comercial de la tierra era relativamente bajo, muchos agricultores ilicitanos de clase media, incrementaron su patrimonio, comprando nuevas propiedades. También se construyeron gran cantidad de casas nuevas en el medio rural y se restauraron otras viejas, modernizándolas. Estas casas de nueva construcción o restauradas, ya empleaban cemento y otros materiales más resistentes para la obra nueva. También se electrificaron y se les añadieron nuevas dependencias, como cuartos de baño con agua corriente y cocinas con todos los elementos necesarios para congelar los alimentos de uso diario. En definitiva, ya eran viviendas más cómodas y habitables, idénticas a los pisos del casco urbano, en las que se introdujeron otros elementos adicionales, como era el televisor o la cocina eléctrica, que cambiaron por completo las costumbres y las formas de vivir del campesinado ilicitano, lo mismo que había ocurrido en el resto de los hogares españoles.

En la década de los años sesenta, se produce en Elche un fenómeno social de gran trascendencia, ya que durante unos años, el Ayuntamiento permitía construir en zonas rurales lo que llamaban "albergues", en pequeñas parcelas a partir de 2.000 metros cuadrados. Y como muchas familias de la clase media de la población, tanto industriales como titulares de profesiones liberales, les apetecía tener una segunda vivienda en el campo para pasar los fines de semana y las vacaciones, compraron pequeñas parcelas de tierra y construyeron sobre ellas, lo que oficialmente se llamaban "albergues rurales" pero lo que era en realidad, una vivienda completa en forma de "chalet". De esta manera, en el espacio de pocos años, se construyeron a lo largo y ancho de todo el campo de Elche, varios miles de "chalets" de gentes de la población, que se dieron cuenta de que en el campo se vivía más cómodo y con menos estrés que en un piso de la población.



Casa rural típica de los agricultores del campo de Elche

El vocablo "chalet" tomó carta de naturaleza en el lenguaje coloquial de las gentes, no solo de la población, si no también campesina. Y cuando un agricultor del campo de Elche quería construir una nueva vivienda para un hijo, siempre decía lo mismo: "full ferli un chalet al fill". Y en realidad le construía una vivienda en forma de chalet, que por su forma y estructura no tenía nada que ver con lo que habían sido las casas de campo de Elche, que dejaron de construirse en los últimos 20 años, hasta tal punto que las casas de estilo tradicional, este rasgo cultural del campesinado ilicitano, dejaron de construirse.

Y a estos nuevos "chalets" construidos sobre pequeñas parcelas, se les cercaba con verjas más o menos lujosas, convirtiéndose en compartimentos estancos y aislándose del vecindario, cosa que no había ocurrido hasta entonces en el campo de Elche, donde nunca habían existido cercas ni cerramientos alrededor de las viviendas rurales.

De esa manera, ese tesoro urbanístico que constituye el conjunto de las casas de campo, tan características del campo de Elche, paulatinamente van desapareciendo de la geografía agraria ilicitana, en aras de la modernidad y que formaban parte fundamental de la cultura campesina en el apartado de la vivienda.

Hasta hace medio siglo en el campo de Elche, solo vivían familias de agricultores, en viviendas de tipo tradicional. Las cosas han cambiado mucho, hasta el extremo de que hoy tres cuartas partes de las viviendas rurales, son de gentes de la población, que no se dedican a la agricultura y que las tienen como segundas viviendas.

También proliferan mucho, de un tiempo a esta parte, las urbanizaciones y colonias de "chalets" en algunas de las pedanías de la periferia como Matola, Valverde, Torrellano, etc., formando auténticos núcleos urbanos, con todos los servicios de agua, luz, alcantarillado, etc. Pero los dueños y habitantes de estos núcleos urbanos, no tienen nada que ver con el colectivo campesino que habitan en viviendas diseminadas. Los dueños de las viviendas de esas urbanizaciones, son los que los agricultores llaman "chaleteros", que viven en otra onda y bajo otros parámetros.

La evolución del campesinado ilicitano a lo largo de los siglos, también puede estudiarse a través del modelo de viviendas en cada época histórica aunque el estilo arquitectónico de todas ellas, tuvieron una cierta similitud y parentesco. Lo que no cabía ninguna duda, es que este estilo arquitectónico tuvo una cierta singularidad, ya que no se dió en los demás lugares de nuestros entornos. Lo mismo ocurrió con los demás rasgos culturales campesinos relacionados con el cultivo de la tierra y los aperos y herramientas que usaran siempre en el cultivo de la tierra de una forma habitual, que fueron muy diferentes a los que usaron los colectivos foráneos de las mismas épocas históricas. Y el campesinado ilicitano en todo momento se mostró satisfecho y orgulloso de su cultura ancestral que se fue transmitiendo de padres a hijos, a través de las generaciones y los siglos.

La cultura de un pueblo, en el más amplio sentido de la palabra, guarda una cierta relación con la geografía y la climatología de este territorio, pues no se cultiva la tierra con los mismos procedimientos en un territorio seco y árido que en una región donde llueve mucho. De la misma manera, no se construye, el mismo tipo de viviendas en las zonas lluviosas y húmedas que en las comarcas secas y áridas. Dentro del territorio peninsular, tenemos en el primer caso, toda la Cornisa Cantábrica y en el segundo caso, las zonas costeras de las provincias de Alicante, Murcia y Almería, que son como la cara y

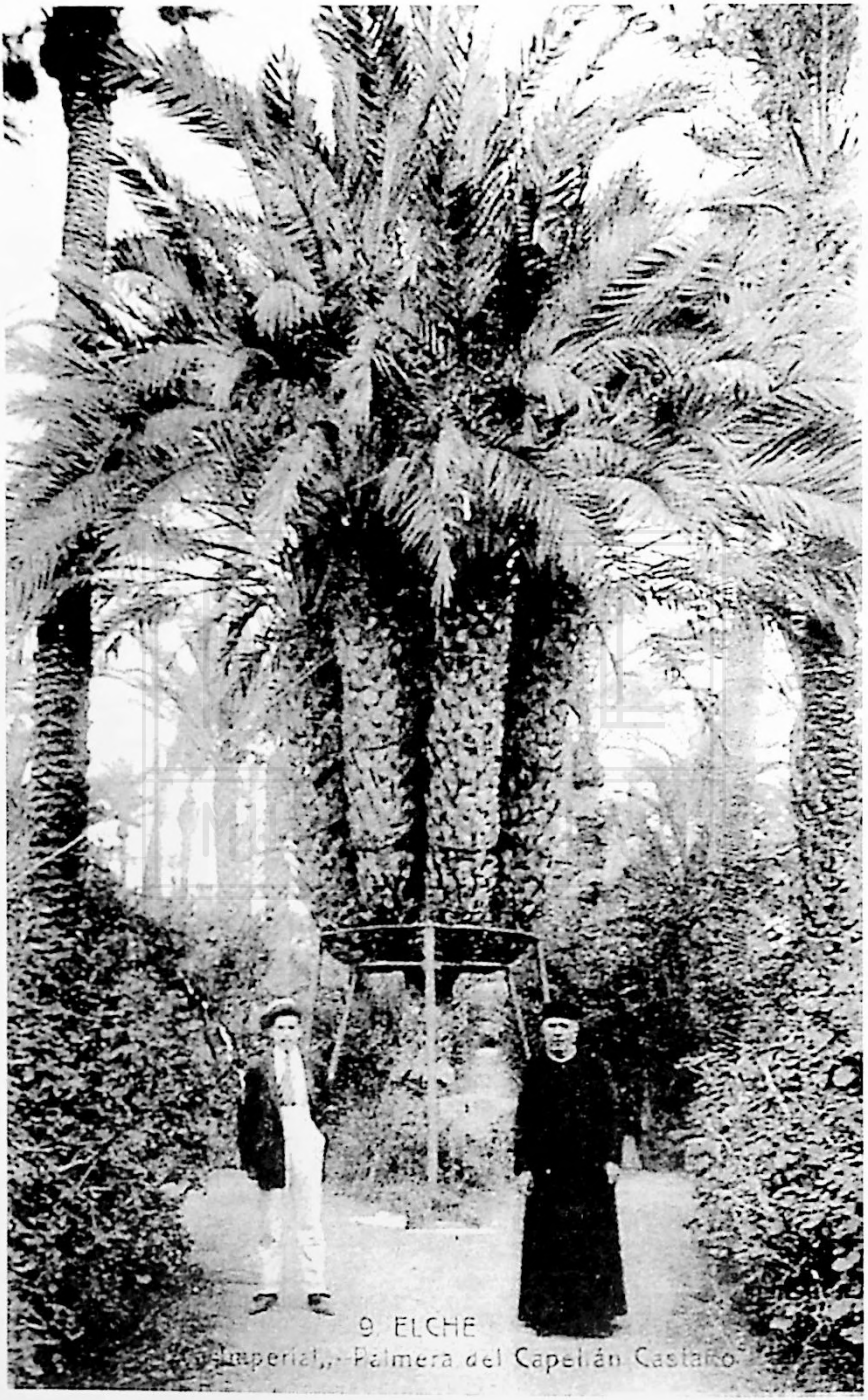
la cruz de una misma moneda. Estas dos culturas diferentes y contrapuestas, podríamos denominarlas la cultura de la sed y la cultura de la humedad excesiva, que en el primer caso, estarían representadas por los aljibes que siempre se construyeron en las casas del campo de Elche, donde se recogían las aguas de las escasas lluvias que aquí se producen al cabo del año y en el segundo caso, por la gran cantidad de hórreos que se levantan en las verdes campiñas gallegas y asturianas, para que la excesiva humedad ambiental que existe en aquellos territorios, no eche a perder los cereales y otros productos agrarios que se cosechan en aquellas fértiles tierras.

La climatología de un lugar determinado, incide sobremanera, en las condiciones de vida de las gentes que viven y se desarrollan en ese territorio, en todos los aspectos y sentidos y no solo en el tipo de aperos y herramientas que se emplean para cultivar la tierra, generando unas culturas diferenciadas, que se van consolidando y transmitiendo de padres a hijos a través de las generaciones. Y esas culturas distintas abarcan, no solo el tipo arquitectónico de las viviendas rurales, si no también a su gastronomía, que siempre tiene una relación directa con los productos que se cosechan en cada lugar y hasta en la vestimenta y el calzado que emplean los lugareños, de forma habitual. La climatología influye hasta en el carácter y el comportamiento de los habitantes de cada lugar y territorio. De esta manera, los habitantes de la cuenca mediterránea, que tienen una climatología más soleada y luminosa, que invita a estar a la intemperie, son más extrovertidos, alegres y dichacheros que los habitantes de las regiones frías y brumosas donde el sol brilla por su ausencia, que suelen ser más introvertidos y encerrados en si mismo, así como menos comunicativos. Podemos poner por ejemplo, de un lado a Italia y España, particularmente las comarcas del sur de estos dos países latinos y mediterráneos y de otro lado a Inglaterra y los países nórdicos, fríos y brumosos, cuyas gentes tienen unos comportamientos tan distintos, en términos generales y que son como la cara y la cruz de una misma moneda.

"Els Hortolans"

Dentro del conjunto de los agricultores ilicitanos, siempre ha existido un colectivo con características propias y diferenciadoras, que respondía al nombre de "hortolans". Se llamaban "hortolans" a las familias que vivían en las casonas que había en todos los huertos de palmeras (cerca de cien) que había en la periferia de la población. Estas familias se dedicaban exclusivamente, a realizar los diferentes trabajos del cultivo de las palmeras, desde la "escarmonda" hasta el encaperuzado de las mismas, para la obtención de la palma blanca del Domingo de Ramos, cultivando esa hermosa artesanía peculiar y autóctona del pueblo de Elche. Estas familias de "hortolans" en la mayoría de los casos, eran dueños de los huertos de palmeras que cultivaban, aunque también los había en calidad de arrendatarios, de unos huertos que pertenecían a la burguesía ilicitana, familias que generalmente, no habitaban en Elche.

Todos estos huertos de palmeras, llamados urbanos, están dentro de la zona regable con las aguas salitrosas que se distribuían a través de los diferentes partidores de la Acequia Mayor del Pantano. Son los "palmerales históricos" que el 30 de Noviembre del año 2000, la UNESCO declaró Patrimonio de la Humanidad y que conformaban la pedanía de Huertos y Molinos, pedanía que administrativamente desapareció a mitad del siglo XX, ya que este terri-



La Palmera Imperial y el Capellán Castaño (1913)

torio desde esas fechas, formaba parte del casco urbano al quedar absorbido por la expansión urbanística de la ciudad. Y estos "hortolans" tenían por costumbre ir todos los días a las ocho de la mañana al local que había en la "plaça de la Fruita", a espaldas del Ayuntamiento, donde se subastaba el agua del Acequia Mayor del Pantano. Como regar los huertos de palmeras no tenía nunca el carácter de urgencia, yendo todos los días a "troneta", podían aprovechar la ocasión para comprar el agua el día que tuviera menos precio y estuviera más barata, por ejemplo los días lluviosos en que el agua tenía menos demanda. Además, como todos pertenecían al mismo colectivo, y se conocían entre sí, estas reuniones matinales, constituían también mentideros, en que se hablaba de lo divino y de lo humano, aunque siempre las conversaciones y los comentarios versaban sobre la problemática general y sobre el colectivo de las mismas. Estos "hortoláns" en su inmensa mayoría, formaban parte de la Comunidad de Propietarios que consideraban como cosa propia.

Tanto era eso así, que el el año 1911 (en plena sequía), crearon la Sociedad de Agricultores y Regantes del término municipal de Elche. Esta sociedad la conformaban los "consumidores de agua para riego", y sus principales objetivos eran "unificar la compra del agua, así como modificar y ordenar las costumbres establecidas en la actualidad, sobre la compra de dichas aguas de riego". Esto nos da a entender de que algo no funcionaba correctamente entonces en la compra y distribución de estas aguas, cuando se tenía la necesidad de que se modificasen determinadas costumbres, al considerarlas perniciosas para los usuarios y regantes de las mencionadas aguas.

La Junta Rectora de esta sociedad estaba compuesta por un Presidente, un Vicepresidente, un Secretario, un Tesorero y 6 Vocales. Todos estos cargos se elegían para un periodo de un año. La Junta Rectora se reunía mensualmente, precisamente el último día de cada mes. Para el mantenimiento de la Sociedad, los socios pagaban una cuota anual de una peseta.

A pesar de que el Reglamento que regulaba las actividades de la Sociedad, especificaba claramente los fines y objetivos de la misma, consistían en la defensa de los legítimos intereses de la entidad y la de sus asociados, tuvo una vida corta y consiguió muy poco

arraigo en el colectivo campesino. Mientras estuvo en activo, tuvo su sede en la calle Abadía, nº 10, en el barrio del Raval.

Hasta mediados del siglo XX, las palmeras fueron uno de los cultivos arbóreos más rentables de la agricultura ilicitana, ya que todos sus elementos tenían un gran valor comercial, desde los dátiles hasta "els caxcabots", para verjar los huertos o como combustible para los hornos, entre otras aplicaciones, con el valor añadido de la palma blanca para las procesiones del Domingo de Ramos. A esta rentabilidad de las palmeras, contribuía en gran medida, los bajos costos del cultivo de las mismas, desde el agua de riego hasta los jornales con la particularidad de que esta rentabilidad de las palmeras, se venía arrastrando desde los tiempos más antiguos, como nos lo demuestra el hecha de que en 1784, el Ayuntamiento de Elche elaboró un censo de cultivos para que en función de su rentabilidad, aplicarles mayores o menores impuestos que el resto de los demás cultivos agrícolas, tanto arbóreos o cerealísticos. De ahí el que a lo largo de muchos siglos, libremente y sin ayudas ni subvenciones de ningún tipo, los agricultores ilicitanos plantaron tantas palmeras en sus tierras, hasta convertirse en los árboles más emblemáticos de nuestra ciudad.

Así las cosas, no debe extrañarnos en absoluto que, "els hortoláns" que se consideraran un colectivo afortunado, dentro del conjunto de los agricultores ilicitanos, que trataron en todo momento, de remarcar sus diferencias en cuanto a los comportamientos y diferencias culturales, que iban desde el lenguaje coloquial hasta la vestimenta diaria. En el primero de los casos, "els hortoláns" empleaban palabras y vocablos que no usaban nunca el resto de los agricultores, casi todas ellas relacionadas con el cultivo y cuidado de las palmeras, de los que con razón, eran expertos y entendidos, puesto que a ellos dedicaban todos sus afanes y trabajos, casi en exclusividad.

En cuanto a las diferencias de vestimenta eran también muy notables, sobre todo, en los hombres. "El hortoláns" solían llevar a diario, blusas negras más largas, que se liaban a la cintura, cuando subían a las palmeras. En cambio, el resto de "llauraors" solían llevar blusas más cortas, llamadas "brusetes", con unos pequeños adornos o rizados en la parte superior delantera.

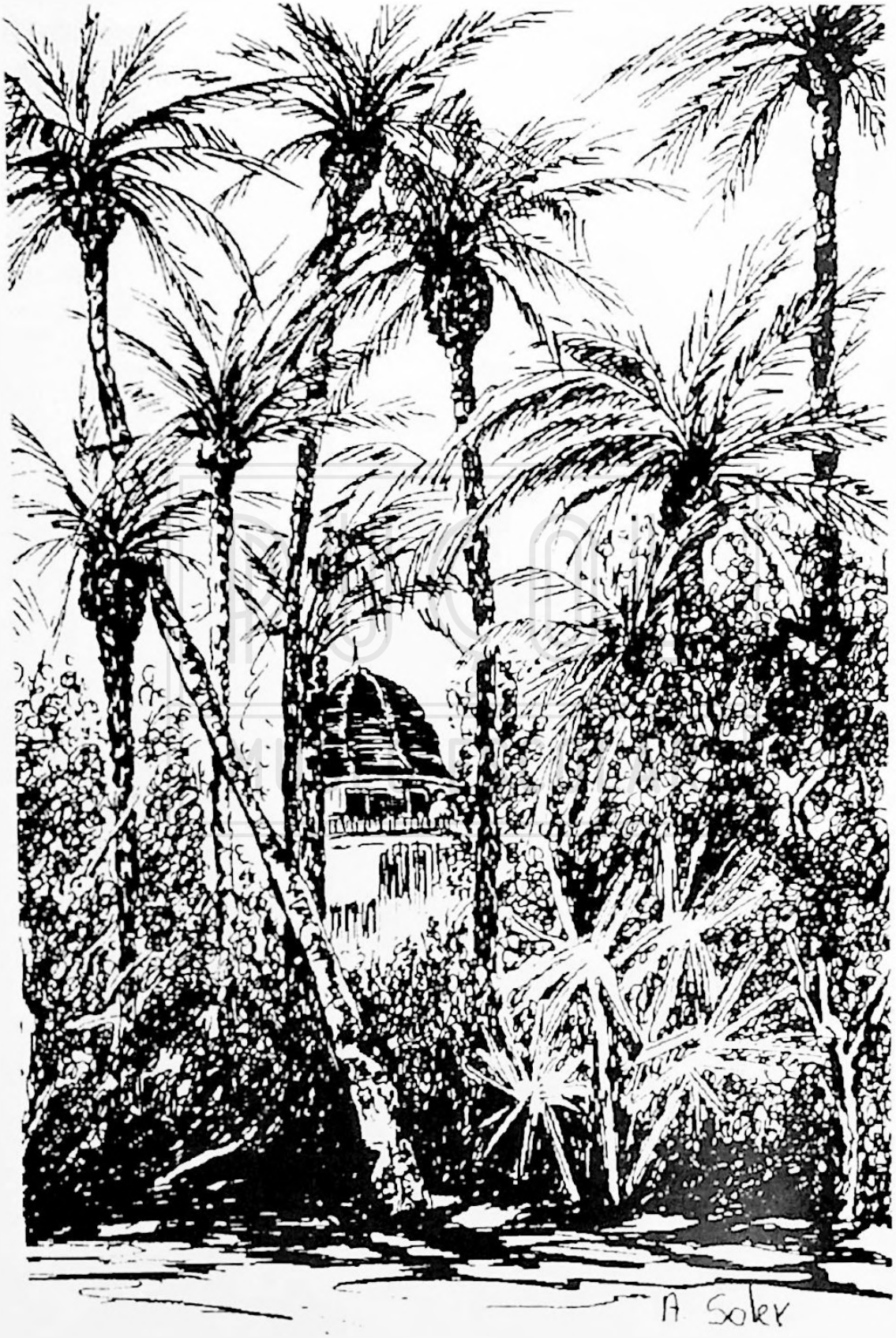
Cuando te tropezabas a un hombre por la calle, solo con ver el tipo de blusa que vestía, no necesitaba preguntar a que colectivo pertenecía: si llevaba "bruseta" era "llauraor", si vestía blusa negra largar, era "hortolá", y si llevaba blusa larga de color gris era "costurer o menestral". Casi siempre acertaba en el diagnóstico.

También había diferencias en cuanto al tipo de calzado que llevaban: "el llauraors llevaven espardenyes d'esparts, els hortoláns espardenyes de careta xiquica i els costurers, espardenyes de cara de lona blanca, nyugades amb vetes del mateix color".

Otra diferencia notable que se manifestaba entre "els llauraors i els palmerers" consistía en que los primeros eran en términos generales, agricultores de secano, mientras los segundos eran de regadío, aunque las escasas aguas de que disponían para regar los huertos de palmeras, eran de baja calidad.

Estos "hortoláns" tan entendidos en los diferentes cultivos de las palmeras, fueron los que causaron tanta admiración en el botánico valenciano Josep de Cavanilles, cuando estuvo en Elche, a finales del siglo XVIII y los vió subir a las palmeras, con tanta destreza y agilidad, para realizar los arriesgados trabajos del encaperuzado, con el fin de obtener palma blanca, para la procesión del Domingo de Ramos. Tan impresionado se quedó, al contemplarlos llevarlo a cabo en lo más alto de la palmera, haciendo verdaderos malabarismos para no caerse, que tuvo de cerrar los ojos por no verlos, porque le daban vértigo. Y la cosa, no es para menos, porque en tales casos, actúan como auténticos acróbatas con una serenidad y sangre fría impresionantes. Pero para ellos, este es un trabajo como otro cualquiera a pesar del riesgo que entraña, hasta tal punto de que lo realizan con total sencillez, después de muchos años de concienzudo aprendizaje. No obstante, para hacer este tipo de trabajos, es imprescindible atesorar unas cualidades especiales y un cierto espíritu aventurero, que si se carece de ellos, nunca se conseguirá ser un buen "palmerer".

De un tiempo a esta parte, se está tratando de mecanizar los diferentes cultivos de la palmera, como ya se hace en Israel, aunque en Israel, no se encaperuzan las palmeras como en Elche y que es el trabajo que más riesgo entraña. Pero de momento, aun no se ha


A Soler

conseguido construir los artilugios apropiados que puedan sustituir a las personas en tales menesteres, con solvencia y total garantía de éxito y seguridad personal, aunque estamos seguros que en un próximo futuro, se conseguirán estos propósitos.

Pero hasta que esto se consiga, estos arriesgados trabajos continuarán realizándose de la misma manera que se vienen haciendo desde hace varios siglos, en que "els hortoláns" han sido los verdaderos protagonistas.

Por tal motivo, merecen nuestra gratitud y nuestro reconocimiento por haber sido los guardianes y conservadores de uno de los rasgos culturales más emblemáticos de la ciudad ilicitana, que atesora tan rica y densa historia.

Sin el colectivo de "els palmerers" los palmerales de Elche no hubieran alcanzado la relevancia y el reconocimiento de que gozan en estos momentos, no solo de los ilicitanos, sino también por parte de la UNESCO, que los ha declarado Patrimonio de la Humanidad el día 30 de Noviembre del año 2000, hecho que nos llena de orgullo y satisfacción a todos los ilicitanos que han tenido la suerte de nacer y vivir en esta bendita tierra.

Por sus características y su morfología, la palmera datilera es una especie arbórea un tanto singular dentro del reino vegetal, siendo una de sus principales diferencias, respecto a los demás árboles y plantas que vegetan en todo el mundo, que unos ejemplares son machos y otros ejemplares son hembras, en función de su condición genética, con la particularidad de que el origen primigenio de todas las palmeras, parte de las semillas que hay dentro de los dátiles, y estos dátiles solo los producen las palmeras hembras. En cuanto a las palmeras machos, las ramas de los dátiles que producen al florecer, se convierten en polen y en un polvo blanco con un olor fuerte, que suele emplearse para machear las palmeras hembras, con el fin de que sus dátiles tengan más consistencia y una maduración óptima.

Esas diferencias no suelen darse en las demás especies del reino vegetal. De ahí su singularidad diferenciadora que suele imprimir carácter a las gentes que las cultiva y giran a su alrededor, que se identifican plenamente con las mismas, hasta el extremo de sen-

tir por ellas una cierta veneración, como la que pueden sentir las sacerdotisas que están al cuidado de las deidades en los templos paganos.

Los adelantos tecnológicos han llegado también a modificar los métodos empleados en la reproducción de las palmeras datileras, que hasta hace pocos años en el campo de Elche, solo se usaba la reproducción mediante las semillas, a sabiendas de que aproximadamente el 50% de estas nuevas palmeras, serían machos. Este inconveniente, se ha podido subsanar al ponerse en funcionamiento la Estación Phoenix, en el Hort del Gat de propiedad municipal con la colaboración del Ministerio de Agricultura Francés, donde se reproducen "in vitro", palmeras autóctonas cuya primera entrega a los agricultores ilicitanos de forma gratuita, tuvo lugar en el mes de Mayo de 2002, palmeras de 40 centímetros de altura de las que se han entregado 1.200 a los agricultores que previamente las habían solicitado. Esta fecha va a suponer un hito histórico en los palmerales de Elche, una línea divisoria que condicionará su futuro, partiendo de esta realidad actual, como es su reproducción "in vitro" que se ha podido conseguir después de muchas dudas y vacilaciones, en cuanto a la puesta en práctica de las nuevas técnicas reproductoras.

MUSEO ESCOLAR



Huerto de palmeras

La Mujer en los trabajos agrícolas

Cuando en la segunda década del siglo XX, llegaron las aguas dulces al campo de Elche, procedentes de los sobrantes de la Vega Baja del Segura y elevadas por el sistema de bombeo, una gran variedad de nuevos cultivos, tanto arbóreos como hortícolas se introdujeron en las tierras ilicitanas, que hasta entonces habían estado dedicadas a la producción de cereales en general y en particular, a la cebada que precisaban menos riego y es más resistente a la sequía. Hasta esas fechas, las únicas variedades de árboles que abundaban en el campo de Elche eran las palmeras y los granados que eran los que admitían las aguas salitrosas y de baja calidad. El resto de árboles frutales, prácticamente no existían ya que por sus características no admitían estas aguas saladas.

Pero, con la llegada de las primeras aguas dulces, proliferaron por doquier los almendros, las higueras, los limoneros, los naranjos, los parrales de uva de mesa, los perales, los manzanos, etc. Y en cuanto a los cultivos hortícolas, pronto proliferaron las habas, los guisantes, las alcachofas, las berengenas, los tomates, las patatas, los pimientos, las ñoras para el pimentón, los melones, las sandías, los coliflores, el algodón, etc. Esta gran variedad de cultivos hortofrutícolas propiciaba el que hubiera trabajo de recolección que efectuaban las mujeres, en la mayoría de los casos. De esta manera, en cualquier época del año, cuadrillas de mujeres formaban parte del paisaje rural ilicitano, cogiendo habas, recolectando algodón,

La Mujer en los trabajos agrícolas

Cuando en la segunda década del siglo XX, llegaron las aguas dulces al campo de Elche, procedentes de los sobrantes de la Vega Baja del Segura y elevadas por el sistema de bombeo, una gran variedad de nuevos cultivos, tanto arbóreos como hortícolas se introdujeron en las tierras ilicitanas, que hasta entonces habían estado dedicadas a la producción de cereales en general y en particular, a la cebada que precisaban menos riego y es más resistente a la sequía. Hasta esas fechas, las únicas variedades de árboles que abundaban en el campo de Elche eran las palmeras y los granados que eran los que admitían las aguas salitrosas y de baja calidad. El resto de árboles frutales, prácticamente no existían ya que por sus características no admitían estas aguas saladas.

Pero, con la llegada de las primeras aguas dulces, proliferaron por doquier los almendros, las higueras, los limoneros, los naranjos, los parrales de uva de mesa, los perales, los manzanos, etc. Y en cuanto a los cultivos hortícolas, pronto proliferaron las habas, los guisantes, las alcachofas, las berengenas, los tomates, las patatas, los pimientos, las ñoras para el pimentón, los melones, las sandías, los coliflores, el algodón, etc. Esta gran variedad de cultivos hortofrutícolas propiciaba el que hubiera trabajo de recolección que efectuaban las mujeres, en la mayoría de los casos. De esta manera, en cualquier época del año, cuadrillas de mujeres formaban parte del paisaje rural ilicitano, cogiendo habas, recolectando algodón,

cogiendo ñoras, recogiendo almendras, etc., mientras los hombres realizaban los trabajos más pesados y fatigosos, como eran la siega, de los cereales, el laboreo del arbolado y otros trabajos que requiriesen mayor esfuerzo físico.

Otro trabajo que realizaban las mujeres, casi en exclusividad, era el separar la almendra en grano de la cáscara, en "els trecaors d'almeles", antes de la mecanización de estos trabajos en la tercera década del siglo XX, cuando empezaron a plantarse almendros en grandes cantidades en el campo de Elche. En un principio, estos trabajos se hacían todos manualmente y las mujeres partían la almendra, una a una, mediante una pequeña "maseta" de madera, sobre una bancada de mampostería. Más adelante, inventadas las primeras máquinas que partían la almendra, las mujeres manualmente separaban el grano de la cáscara. Más tarde, perfeccionaron estás máquinas que ya hacían mecánicamente, todo este proceso completo del descascarado, sin la intervención de las mujeres. Esta mecanización completa "dels trencaors", en el proceso del descascarado de la almendra abarató los costos en jornales, ganando tiempo y ahorrando esfuerzo físico.

Durante el periodo de medio siglo, que va de 1930 a 1980 los almendros fueron los árboles más abundantes del campo de Elche, llegando a una superficie de 6.000 hectáreas de tierras ilicitanas dedicadas a estos arbolados. En este periodo de tiempo, a lo largo y ancho de todo el término municipal, se construyeron alrededor de 20 "trencaors d'almeles" que funcionaban a pleno rendimiento. Y el producto de la venta de la almendra, suponía una saneada fuente de ingresos para el campesinado ilicitano, que en términos generales, gozaban de una situación económica bastante desahogada.

Durante aquellos años, todas las tierras ilicitanas estaban bien cultivadas, hasta el extremo de que el campo de Elche era un auténtico vergel. De las 25.000 hectáreas aproximadamente, que existen en el término municipal dentro de la zona regable, y que son tierras de buena calidad, el 50% estaban plantadas de árboles de diferentes especies y el otro 50% eran tierras "blancas" que se dedicaban a plantar hortalizas y verduras. En uno y otro caso, se producían abundantes cosechas en frutas, cereales y hortalizas. Tanto era esto así, que de Elche salían todos los días del año, abundantes cargamentos de productos hortofrutícolas para los principales mercados nacionales y para la exportación en los mercados europeos: granadas para



Cuadrilla de mujeres recogiendo algodón en la década de los años ochenta

Francia y el Reino Unido, melones para el mercado de Londres donde estaban muy acreditados, habas y alcachofas para los principales mercados europeos y toda clase de productos para los más importantes mercados nacionales.

Durante estos años, el campo de Elche llegó a ser algo así como la California Española, en cuanto a producción agraria se refiere, Y a este emporio de producción y prosperidad económica, contribuyó, sobremanera, con su dedicación y esfuerzo, el colectivo femenino ilicitano, complementando el trabajo de los hombres, que cultivaban sus tierras con el afán, la dedicación y el cariño de un novio enamorado.

Esta pujanza y prosperidad de la agricultura ilicitana, duró pocos años, ya que pronto se vio inmersa en una franca decadencia, que suponíamos que cambiaría de tendencia en el momento que nos abrieran las puertas del Mercado Común Europeo, al que insistentemente veníamos llamando desde hacía varios años, pero que una y otra vez se nos vetaba la entrada por motivos políticos, alegando que el régimen político que había en España, desde la Guerra Civil Española, era una Dictadura y carecía de legitimidad democrática y sin esa condición no había forma de que ingresásemos de pleno derecho en la Comunidad Europea.

Había pues una superproducción de toda clase de productos agrarios, pero con unos precios tendentes a la baja, hasta alcanzar

unos niveles francamente ruinosos para los agricultores, que en la mayoría de los casos, apenas cubrían los gastos de cultivo, ya que paralelamente, subían los "imputs" (impuestos, fertilizantes, jornales, agua de riego, etc.). Así las cosas, la creencia generalizada en el sector campesino, era que cuando tuviéramos libre acceso a los mercados comunitarios, terminando las dificultades y restricciones que existen para la agricultura española en general, y de la ilicitana en particular. Pero nos equivocamos de pleno, ya que después de muchos años de espera, cuando en 1986 se nos abrieron de par en par, en vez de mejorar la situación como suponíamos, empeoró sobremanera, ya que entramos tarde y mal y que nos obligaron a arrancar nuestros viñedos, sacrificar vacas lecheras y disminuir nuestra producción de algodón, alegando que nuestra producción de estos productos era superior a las cuotas asignadas por el gobierno comunitario.

Nuestro gozo en un pozo. Era evidente que nuestra integración de pleno derecho en la Europea Comunitaria nos reportaría beneficios a medio y largo plazo, pero que a corto plazo resultaba ruinoso para la agricultura y la ganadería españolas que se vieron abocadas a una situación muy precaria, que se vio agravada por la entrada simultánea con España de nuestra vecina Portugal. Dos naciones eminentemente agrícolas, que aumentaron los estocs de productos agrarios que era uno de los principales problemas que padecía la Comunidad en aquellos años, que obligaron al Gobierno Comunitario a subvencionarlos, para que el sector campesino pudiera subsistir con el producto de su trabajo, ya que sobraba de todo, con la consiguiente despreciación de los principales productos alimentarios de primera necesidad. Un ejemplo nos ilustrará de lo que ocurrió durante aquellos años en que España se incorporó a la Unión Europea, después de una larga espera: como la mayor parte de la cosecha de naranjas y de limones, no los absorbían los mercados consumidores por exceso de producción, Bruselas estableció unos precios de retirada, que oscilaban entre las 14 y las 18 pesetas el kilo, puestos en unos puntos concretos para que los agricultores no lo perdieran todo, donde se destruían y se retiraban de la circulación. Pero con estos precios tan bajos, los cosecheros apenas cubrían los gastos de recolección y de transporte. Pero no había otra cosa y la única alternativa que existía era dejarlos que se pudrieran en los árboles, con el consiguiente perjuicio para los mismos.

Ni que decir tiene, que estas circunstancias adversas, torcie-

ron y empeoraron sobremanera, el periodo de pujanza y prosperidad de que venía gozando la agricultura ilicitana, que entraba en una franca regresión, después de unas décadas de navegar a favor del viento y de unas circunstancias favorables, ensombreciéndose su futuro, de una manera alarmante. Aquello fue un cambio de tendencia y un aviso de que la agricultura española en general y en particular la ilicitana, si querían sobrevivir, tendrían que organizarse con planteamientos nuevos, lo que es lo mismo, tenía que modernizarse, adaptándose a lo que demandaban las nuevas circunstancias, en aquel tiempo nuevo que llegaba y que exigía otros planteamientos y otros métodos de cultivo y producción diferentes a los que habían prevalecido hasta entonces.

Así las cosas, la agricultura ilicitana inició un periodo de desaceleración en su ritmo productivo, que se manifestó en el abandono de muchas tierras de buena calidad, que dejaron de cultivarse regularmente, porque las cosechas que producían dejaron de ser rentables, como lo habían sido hasta entonces por los bajos precios que tenían que venderse, con la consiguiente disminución de la mano de obra necesaria para llevarlos a buen término. Esto se notó más en los cultivos hortícolas, que al plantarse menos, se empleaban menos jornales para su recolección que eran, precisamente, los trabajos de las mujeres.

De esta manera, fueron desapareciendo paulatinamente, del campo de Elche, las estampas características de las cuadrillas de mujeres que se dedicaban a realizar los trabajos de recolección de las ñoras para el pimentón, en los meses de Agosto y Septiembre, del algodón en Octubre, Noviembre y Diciembre, de habas y guisantes desde los meses de Diciembre hasta el mes de Mayo y otras cosechas de menor cuantía en los demás meses del año. Todos estos trabajos resultaban pesados y fatigosos, por la postura en que tenían que llevarse a cabo, pero el peor de todos, era el abrir las ñoras, manualmente una a una, cuando se extendían en la era, porque había que hacerlo en cuclillas o apoyando las rodillas en tierra, que era una postura muy incómoda, con la particularidad de que se realizaban en Agosto y Septiembre, a la intemperie y cuando hacía aun mucho calor.

En la década de los años setenta, se inventó una maquinaria para secar y abrir las ñoras mecánicamente, liberando a las mujeres de estos pesados y engorrosos trabajos que hasta entonces les habían esclavizado. Esta clase de trabajo lo podían hacer lo mismo los hom-

bres como las mujeres, pero generalmente, los realizaban las mujeres, casi en exclusividad con la particularidad, de que por igual trabajo, los hombres cobraban jornales más altos que las mujeres. Eso, que estaba establecido como norma general, ocurría en todas partes, y no solo en el campo de Elche, aunque en la actualidad, esas diferencias en cuanto a la cuantía de los jornales percibidos, ha disminuido un tanto, y en algunos casos, ha desaparecido por completo.

Al disminuir los trabajos agrícolas que realizaban las mujeres, en el campo de Elche, porque se plantaban menos cultivos agrícolas, el colectivo de mujeres campesinas que trabajaban en la agricultura, tomó como alternativa, los trabajos de aparado del calzado, en las muchas fábricas de zapatos que había, no solo en el casco urbano, y en los polígonos industriales, sino también a lo largo y ancho del término municipal. De esta manera en el 70% de las casas de campo de las pedanías ilicitanas, habían mujeres que se habían comprado alguna máquina de aparado. Estos trabajos los llevaban a domicilio, en furgonetas los mismos empleados de las fábricas que los recogían de nuevo una vez terminados y los pagaban semanalmente, constituyendo una saneada fuente de ingresos familiares, que complementaban los ingresos procedentes de la agricultura en los trabajos cotidianos.

La decadencia que experimentó la agricultura ilicitana, durante la década de los años ochenta, por la depreciación sufrida en todos los productos agrarios cosechados, que apenas cubrían los gastos de cultivo, se agravó mucho más aun a consecuencia de la grave sequía que padecimos durante los años 90, que duró seis años (1900-1906) en que las lluvias brillaron por su ausencia y no había tampoco agua de buena calidad para regar los cultivos con una cierta regularidad y que trajo consigo fatales consecuencias para el sector campesino, ya que la producción se redujó a la mínima expresión, y lo que fue peor aun desaparecieron más del 50% de los arbolados que se secaron por falta de riego, siendo los almendros la especie arbórea más castigada. El deterioro de la agricultura ilicitana fue tan acentuado, que ya no pudo reponerse y recuperar el esplendor y la pujanza que había tenido hasta entonces.

Lógicamente, la consecuencia más inmediata de esta lamentable situación fue el abandono de muchas tierras de buena calidad, que se quedaron incultas, ya que un gran porcentaje de campesinos



Cuadrilla de mujeres abriendo ñoras en la era

que habían sido agricultores toda la vida, abandonaron su profesión y se dedicaron a otro tipo de trabajos, particularmente los más jóvenes, con lo cual la población activa campesina, se fue envejeciendo paulatinamente, hasta el extremo de que en la actualidad, más del 60% de los agricultores en activo, tienen una edad superior a los 50 años. Eso es en lo que afecta a la población masculina, ya que las mujeres que se dedican en la actualidad a los trabajos agrícolas, son un porcentaje tan bajo que apenas tienen un valor porcentual. Hoy en día, tanto los chicos como las chicas que aun siguen viviendo en casas de campo, o son universitarios, por haber cursado estudios superiores o ejercen otros oficios y profesiones, al margen de la agricultura, de la que no quieren saber nada en absoluto.

Hasta hace unas décadas, las familias campesinas ilicitanas, se mostraban orgullosas de ser profesionales de la agricultura y de dedicarse al cultivo de la tierra, lo mismo que lo habían hecho sus antepasados. Pero de un tiempo a esta parte, al dejar de ser la agricultura rentable, por las razones expuestas en páginas anteriores, ya se tiene menos interés en continuar cultivando la tierra, que apenas

les reporta beneficios. De ahí en que se planten menos cultivos y se abandonen muchas tierras productivas, por haber perdido la rentabilidad que tuvieron en otras épocas, cuando el campo de Elche estaba hecho un auténtico vergel. Tanto es esto así, que el término municipal ilicitano, cada día que pasa, va perdiendo su condición de "ruralidad", para convertirse en una zona residencial, donde las gentes de la ciudad establecen su segunda vivienda, donde pasan sus vacaciones y los fines de semana, donde el auténtico colectivo campesino, que continúa cultivando la tierra, como lo hicieron sus antepasados, va perdiendo paulatinamente su verdadera personalidad y se difuminando dentro de un conglomerado de costumbres y formas de vida muy diferentes a lo que prevalecía en los tiempos pasados, cuando todos los campesinos ilicitanos, se dedicaban al cultivo de la tierra como única ocupación.

Hasta hace unas décadas, muchos agricultores ilicitanos que no tenían tierras propias, cultivaban tierras ajenas, por el sistema de arriendo o de aparcería, en el que el terrateniente percibía una cierta cantidad en metálico, si se trataba de arrendamiento o un determinado porcentaje de los productos cosechados cuando se trataba de aparcería.

Y la tierra producía para que tuvieran un cierto beneficio, tanto el arrendador como el arrendatario, lo que era una prueba evidente de que las explotaciones agrarias, en términos generales, tenían una cierta rentabilidad, que era todo lo contrario de lo que suele ocurrir en estos momentos, ya que ahora muchos terratenientes que no quieren o no pueden cultivar sus tierras directamente, no encuentran quien se las cultive, aunque perciban la totalidad de las cosechas obtenidas, sin pagar nada a cambio. De ahí el que se vean muchos bancales incultos y abandonados. Casos así, los hay a centenares a lo largo y ancho de todo el campo de Elche, si exceptuamos algunos cultivos arbóreos jóvenes y en plena producción, a pesar de que conserven un alto valor patrimonial para sus dueños. En la actualidad, las propiedades rústicas en el campo de Elche, conservan todo su valor patrimonial, pero han disminuido mucho en cuanto a generar beneficios económicos como productoras de bienes de consumo, a base de productos agrarios, por los altos costos de cultivo y los bajos precios a que se pagan en los mercados consumidores.

La mecanización de la agricultura

Cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), se produjeron muchos avances tecnológicos, en todos los aspectos y sentidos. Y estos adelantos tecnológicos, lógicamente afectaron también a la agricultura y a los métodos empleados en el cultivo de la tierra, ya que en el espacio de pocos años, se pasó del arado romano que se venía empleando desde hacía más de 2000 años a los modernos tractores provistos de laser para nivelar los suelos, como la cosa más natural del mundo.

Hasta los años 50, todos los trabajos agrícolas se realizaban manualmente o con la ayuda de las caballerías, en el cultivo de la tierra y en el transporte de los objetos, lo que suponía un gran esfuerzo humano y el empleo de mucho tiempo para su realización. Pero con el inicio de la mecanización de la agricultura, la maquinaria agrícola fue desplazando al hombre y a las caballerías y desaparecieron de los bancales, ganando tiempo y ahorrando esfuerzo humano.

A partir de esos momentos, un hombre y un tractor hacían tanto trabajo como 50 peones y cinco pares de mulas. Esto unido a la puesta en el mercado de nuevos y más eficaces insecticidas y fungicidas para combatir las plagas y las enfermedades de las plantas y la fabricación de nuevos, que incrementaban la productividad de todos los cultivos, propiciaban un incremento notable de la produc-

ción como no se había conocido hasta entonces. También la manipulación genética de la semilla del maíz y de otras plantas, aumentaron notablemente la producción agraria en este tipo de variedades transgénicas, aunque esta manipulación modifique algunos aspectos de estas plantas en sus características innatas. En este campo, los adelantes producidos en los últimos tiempos, han sido considerables, paralelos al incremento de la producción.

La mecanización de la agricultura y los adelantos paralelos en lo que a los métodos de cultivo se refiere, no solo han traído un incremento en el volumen de las cosechas obtenidas, con ser esto muy importante. Lo más positivo, si no también en que las plantas tratadas, genéticamente han generado productos de mayor calidad.

La mecanización de la agricultura y los adelantos paralelos en lo que a los métodos de cultivo se refiere, además de producir más cuantitativamente, si no que han librado al hombre de la pesada carga de realizar manualmente, los trabajos agrícolas, ganando tiempo y ahorrando esfuerzo. Antes, cualquier trabajo que se realizara en el cultivo de la tierra se hacía seguido y sin interrupción. Eso ha cambiado mucho en los últimos tiempos. Ahora al cabo del día, los agricultores suelen realizar diferentes tipos de trabajo, con una alternancia entre los mismos.

En los países más adelantados del mundo como Israel o los Estados Unidos por ejemplo, la mecanización de la agricultura ha alcanzado cotas muy elevadas, hasta tal punto que para todos los trabajos agrícolas que se precisan realizar, en cualquier cultivo de la tierra, han inventado su correspondiente maquinaria, que puede sustituir al hombre. En España, no se ha llegado tanto aun, pero falta poco, existe maquinaria para todo, incluso para los trabajos complementarios y más inverosímiles que nos podamos imaginar.

Lo mismo ocurre con el Plan de Regadíos, aunque en este apartado, la mecanización no va tan rápida, como lo concerniente al cultivo de la tierra. Pero la tendencia irreversible, es que se generalice el sistema de riego localizado, por dos razones fundamentales: porque supone un ahorra de agua, para regar la misma superficie y porque en este sistema de riego localizado, el aprovechamiento es mayor, aunque también es cierto que previamente hay que realizar mayores inversiones para poner a punto unas estructuras apropia-



Concurso de arada

das para tales fines. En Israel, que siempre se pone de modelo de la agricultura avanzada, moderna y bien organizada todo tipo de cultivos se riega por el sistema de goteo, incluso los palmerales del valle del Jordán se riegan por este sistema, con un aprovechamiento óptimo de los escasos recursos hídricos de que disponen, ya que solo se abastecen de las aguas del mar de Galilea o lago Tiberiades, (los dos nombres son válidos), desde tienen que elevar estas aguas a una altura superior a los 300 metros.

En la comarca de Elche, se va a sentar un precedente en lo que a la modernización de regadíos se refiere, ya que la Comunidad de Riegos de Levante (margen izquierda del Segura), está ejecutando un plan de modernización de regadíos, para poner riego por goteo en toda la superficie de su zona regable de unas 30.000 hectáreas de 10 términos municipales del sur de la provincia de Alicante, que abarca desde Orihuela hasta El Campello, y cuyas obras se encuentran en un periodo muy avanzado de ejecución. Estas obras suponen un costo superior a los 20.000 millones de pesetas, de las que

los comuneros solo tendrán que sufragar un determinado porcentaje, corriendo el resto a cargo de las Administraciones Públicas, Autonómicas, Nacional y Europea.

Si continúan las obras al ritmo que llevan ahora, en un plazo de cuatro o cinco años estarán terminadas. Donde más avanzadas están es en el Segundo Canal de Levante, que se encuentran ejecutadas casi en su totalidad. Estas obras son de tal magnitud que cuando se terminen, van a propiciar un cambio substancial en el panorama agrario de toda esta comarca en lo que a regadíos se refiere.

Este ambicioso Plan de Modernización de Regadíos, que está ejecutando la Comunidad de Riegos de Levante en estos momentos, esperamos que suponga un acicate y un incentivo para el sector campesino, sacándolo del marasmo en que se encuentra sumido, de un tiempo a esta parte. Pero entendemos que llega demasiado tarde. Tal vez si se hubiera llevado a cabo hace quince o veinte años, antes de la recesión y la decadencia que experimentó el principio de los años noventa, por los motivos que constatamos en páginas anteriores, el deterioro sufrido por este sector productivo no hubiera alcanzado la magnitud y las dimensiones que experimentó y que se ha acentuado últimamente y que nos resultará muy difícil de superar.

Como consecuencia lógica de la mecanización de la agricultura, el porcentaje de la población activa española dedicada a la agricultura, va disminuyendo de año en año, de una manera irreversible. En los año cincuenta del siglo XX, aproximadamente el 40% de la población activa española, estaba empleada en la agricultura y la ganadería. Ese porcentaje va disminuyendo de año en año hasta quedar reducido al 6% actual, con la particularidad de que aun sobran bastantes, si tenemos en cuenta que en los Estados Unidos son solamente un 3% y producen alimentos suficientes para abastecer medio mundo. En Estados Unidos el número de tractores y otras variedades de maquinaria agrícola es superior al número de agricultores que se dedican, exclusivamente al cultivo de la tierra. Otros factores que influyen también en que allí se consigan producciones masivas muy superiores a las del resto del mundo, es que en los Estados Unidos no existe, en términos generales el minifundio y las explotaciones agrarias tienen las dimensiones apropiadas para conseguir de ellas, la máxima rentabilidad posible. También la selección de las semillas y la manipulación genética de toda clase de

cultivos, ayuda a que las producciones alcancen mayores magnitudes. Y ocurre lo mismo con la ganadería, que consigue grandes producciones de carne y de leche, con el mínimo tiempo posible, a base de piensos compuestos, con el añadido de hormonas y otros elementos químicos, que incrementan sobremanera, la producción de la carne y de la leche de todas las variedades de animales.

Estas fórmulas de piensos compuestos, las introdujeron los americanos en España, en 1953, cuando se firmó el tratado de cooperación hispano-americano, finalizando con el largo periodo de aislamiento diplomático y comercial a que España se vio sometido por motivos políticos.

Hasta entonces, la cabaña española se nutría a base de piensos simples, cebada, avena, maíz, leguminosas, etc. Y a partir de entonces con los pienso compuestos, la cabaña española adquirió tal grado de desarrollo cualitativo y cuantitativo, que al cabo de poco tiempo, habían desaparecido las deficiencias que habían existido siempre y ya pudo autoabastecerse con creces, en carne, leche, quesos y otros productos lácteos. Esta circunstancia propició el que se generalizase el consumo de carne entre los españoles, particularmente, la carne de pollo que se consumía a diario por los bajos precios a que se podía adquirir en los mercados, dada la superabundancia que existía la facilidad con que se podía producir.

El comer carne a diario, había dejado de ser un lujo entre los españoles, ya que por su baratura, estaba al alcance de todos los bolsillos. Y todo se debía a los piensos compuestos, que por sus altos valores nutritivos, aceleraba los procesos de engorde de todas las variedades de animales que componían la cabaña nacional, que había experimentado un salto cualitativo enorme, en cuanto al volumen de su producción.

La mecanización de la agricultura española y su consiguiente modernización, dio pie a un notable desequilibrio entre unas comarcas y otras, en cuanto a volúmenes de producción y atisbos de prosperidad y riqueza. De esta manera, mientras en las zonas centrales de la Península Ibérica, tierras cerealísticas por excelencia, disminuyó la prosperidad y la riqueza de esas extensas regiones, a causa de los bajos precios a que se pagaban los cereales, que era su principal producción, en cambio en algunas comarcas de Almería y Granada, surgieron de la noche a la mañana, verdaderos emporios

de prosperidad y riqueza, cultivando bajo plástico, hortalizas de primor, que abastecían en todo tiempo, los mercados comunitarios de melones, sandías, pimientos, pepinos, tomates, etc., que suponían una saneada fuente de ingresos para ese colectivo de agricultores que habían apostado muy fuerte por una agricultura moderna y competitiva. Y pueblos que hasta entonces habían sido relativamente pobres, por sus escasos recursos, como El Ejido, Roquetas de Mar, Agua Dulce y otros de los alrededores, en el espacio de pocos años, se convirtieron en emporios de riqueza y prosperidad, y en donde la renta por cápita era la más alta de España y donde más mano de obra se empleaba, particularmente inmigrantes del norte de África. Y lo mismo ocurrió con algunos pueblos de Huelva con la fresa, donde se produce en grandes cantidades, aunque en este caso, es una ocupación temporal por tratarse de monocultivo, y cuya recolección dura varios meses a partir del mes de enero.

En estas comarcas mencionadas en pequeña superficies de tierra, se cosechan grandes cantidades de productos agrarios que se consumen en los mercados nacionales y también se exportan a los mercados comunitarios.

Algunos cultivos de primor de las tierras costeras de Almería, se producen por el sistema hidropónico, que se implantó en Israel hace unos años y de allí se expandió a todo el mundo, asimilando sus ventajas y sus bondades. En la exportación de productos de calidad a precios competitivos, radica la salvación de la agricultura española, que se encuentra en horas bajas, al perder impulso y vigor. Y hay dos factores fundamentales que propician el poder competir con ventaja en esa política exportadora, como es el clima benigno y templado y una tierra fértil, siempre y cuando se pueda disponer de agua de buena calidad para poder regar con regularidad, la amplia gama de cultivos que aquí proliferan por doquier con cierta facilidad.

Desde los tiempos más antiguos, la evolución de todas las casas, siempre tendente a mejorar, ha sido constante y sin pausa, incluida por supuesto la agricultura. Pero de un tiempo a esta parte, esa evolución constante de todas las cosas, se ha acentuado un tanto, imprimiéndole un mayor impulso renovador hacia la modernidad.

Y esa ha sido y sigue siendo en la actualidad, el comportamiento evolutivo de todas las cosas, para no quedarse desfasadas en



Uno de los primeros tractores que llegaron al campo de Elche

el tiempo, siguiendo el dictado de "renovarse o morir", así como suena, la agricultura española en general, y en particular la ilicitana, debe romper las ligaduras que le atan al pasado, que constituyen una rémora, rompiendo unos moldes que ya nos sirven, por antiguos y obsoletos, y por consiguiente, adaptarse a lo que demandan los tiempos modernos, en lo que a los métodos de cultivo se refiere, empleando los procedimientos modernizadores necesarios, con la finalidad de conseguir una agricultura moderna y competitiva, como la de los países más adelantados, para poder luchar y competir en igualdad de condiciones.

Pero para ello, es imprescindible disponer de un colectivo de agricultores jóvenes con una mentalidad abierta y progresista, capaces de torcer el rumbo de las cosas, que fueron antes válidas, pero que ya no sirven de cara al futuro.

Ahí está el quid de la cuestión, En los agricultores jóvenes de hoy, descansa la responsabilidad de planificar el futuro, llevando a cabo esa modernización que está pidiendo a gritos la agricultura ilicitana, para no perder el tren de la modernidad, antes de que sea demasiado tarde.

El Museo de Pusol

Desde los tiempos más antiguos, la agricultura ilicitana tuvo una gran relevancia, por la fertilidad de sus tierras y por el colectivo de personas que la practicaban, al socaire de una climatología templada y benigna que la propiciaban. El simple hecho de que los romanos organizaran en el campo de Elche una de las pocas centuriaciones que llevaron a cabo en la Península Ibérica es buena prueba de ello.

Y ese colectivo de personas, que se dedicaron en cuerpo y alma al cultivo de estas tierras, así como los aperos y herramientas, como su acendrada profesionalidad al paso de los siglos y de muchas generaciones, fueron generando una cultura autóctona muy relevante, que se ha ido transmitiendo de padres a hijos hasta llegar al día de hoy.

Y cuando hablamos de cultura, no nos referimos solamente a la manera de cultivar la tierra y a los aperos y herramientas empleados para tales fines, sino también y sobre todo, a las costumbres, tradiciones, comportamientos y formas de entender la vida, dentro de un ámbito territorial y geográfico.

Cuando a mitad del siglo XX, empezó la mecanización de la agricultura y se pasó, en un corto espacio de tiempo, del arado romano para una o dos caballerías, que se venía empleando desde hacía mas de 2000 años, hasta la más sofisticada maquinaria agrícola para el cultivo de la tierra, esa cultura ancestral perdió toda su vigencia y



Museo Escolar de Pusol

protagonismo y por consiguiente, todo el cúmulo de aperos, enseres y herramientas, que se había quedado obsoletas, se fueron arrinconando o destruyendo inservibles. Porque al fin y al cabo, se habían convertido en trastos viejos, sin ninguna utilidad práctica de uso.

Por esos mismos años, Fernando García Fontanet, accedió a desempeñar el cargo de Maestro Nacional en las Escuelas Primarias de la pedanía del Pusol, en la zona sur del término municipal de Elche, una zona de las más ricas agrícolamente del campo de Elche. Y desde los primeros momentos, empezó a recibir ofertas de las familias campesinas de toda clase, de aperos y herramientas que la mecanización de la agricultura había retirado de uso y no sabían que hacer con ellos. Y como si se tratara de un juego didáctico, los mismos escolares se encargaron de restaurarlos, catalogarlos y abrirles una ficha cada uno de ellos donde consta el nombre del donante en lengua valenciana, y del objeto y el uso a que se dedicaba. Ese fue el origen primigenio de lo que al paso de los años, se ha convertido en uno de los museos más importantes de esas características de la Comunidad Valenciana.

Como el ritmo de donaciones iba *in crescendo,* pronto les faltó espacio para su acomodo y hubo necesidad de ampliar las instalaciones, para dar cabida a todo ese cúmulo de objetos que les desbordaba por todas partes. Hubo también necesidad de contratar nuevo personal auxiliar para ordenar todo ese *mare magnum* de objetos viejos que llegaban al Museo todos los días, y que cada día que pasaba iba siendo más conocido en todas partes, como lo demostraba el hecha de las múltiples visitas que se recibían particularmente de escolares. A este mayor conocimiento contribuyó sobremanera, la publicación de un boletín informativo trimestral que, bajo el nombre de *El Setiet*, se mandaba a los centros oficiales, a los colegios e institutos, así como a todos los demás museos de España. En estos boletines, se incluían artículos divulgativos de colaboradores desinteresados, resaltando la labor didáctica que llevaba a cabo el Museo.

El problema de la falta de espacio para dar cabida al material museístico recibido, se fue agravando al paso de los días, hasta que el Ayuntamiento tomó cartas en el asunto y adquirió unos ocho mil metros cuadrados de solar adyacentes para ampliar las instalaciones y dependencias, con una inversión total superior a los cien millones de pesetas. Estas nuevas instalaciones fueron inauguradas oficialmente por el alcalde de Elche, Diego Maciá Antón el día uno de Julio del año 2001.



Con esta nueva ampliación, tampoco se pudo dar cabida a todo el material almacenado, que queda allí por catalogar, además del remanente que está almacenado en un local municipal en el barrio de Carrús.

Como parte integrante de estas nuevas instalaciones, en un patio abierto montaron un pajar, una cochiquera, un aljibe, un horno y otros elementos complementarios de una vivienda rural de mitad del siglo XX.

El acopio de objetos almacenados en el Museo Agrícola del Pusol, no se limita solamente a los aperos y herramientas relacionados con el cultivo de la tierra en todas sus vertientes, sino que abarca una panorámica mucho más amplia, que va desde las vestimentas antiguas, las fotografías familiares, los muebles y enseres de las casas de campo del siglo pasado, así como una amplia gama de objetos que formaban parte de la vida diaria de las gentes de los tiempos pasados y que se iba difuminando en la memoria colectiva de las gentes de hoy. También se pueden contemplar una colección de juguetes antiguos, muy distintos a lo que son los juguetes actuales por su morfología y los materiales empleados en su composición.

Algunos objetos que se exponen en las diferentes dependencias del Museo Agrícola del Pusol son de gran tamaño, como es el caso de una máquina trilladora completa y una descascaradora de almendras, así como todos los elementos de una almazara para la fabricación del aceite y una bodega para la fabricación del vino, ya que se admiten todos los objetos que se ofrecen, siempre y cuando se disponga de espacio suficiente para poder acomodarlos con las debidas condiciones.

También se puede ver material escolar y todos los elementos de una escuela primaria, así como las condiciones en que se impartían las clases en los tiempos pasados, y también una muestra muy significativa del comercio de tejidos, sombreros, paraguas, etc. También hay colecciones de libros escolares, documentos oficiales curiosos, escrituras notariales, etc., ya que lo que en un principio, se planificó como un Museo Agrícola, se ha convertido en un Museo General, donde tienen cabida toda clase de objetos por raros que sean.

Hay también en este Museo, todos los aperos necesarios que se emplean en la cultura del cáñamo, (agramadoras, rastrillos, etc.), que se empleaban en la cultura de este cultivo industrial, a pesar del poco arraigo que tuvo en el campo de Elche, que solo se sembró durante 15 años (1950-1965), ya que en esas fechas, con la aparición de los plásticos y las fibras sintéticas, el cáñamo y otras fibras naturales, perdieron todo su valor comercial y desaparecieron de la geografía agraria de las Vegas Media y Baja del Segura, de donde eran oriundos, particularmente de la Comarca de Callosa de Segura, que era donde más se cultivaba y un centro comercial de primer orden. Precisamente, en Callosa del Segura, han montado el llamado Museo del Cáñamo, donde se recogen y conservan todos los elementos de esta planta industrial, que fue tan importante en la fabricación de hilos y cordeles, hasta la aparición de las fibras sintéticas.

Enumerar todos los objetos que hay en el Museo Agrícola del Pusol, debidamente fichados y catalogados, harían una lista interminable, algunos de ellos tan raros y extraños que apenas se tenían referencias de ellos. Todo este conjunto de objetos variopintos, que están expuestos en este lugar a la curiosidad de los visitantes, constituyen un acervo cultural de primer orden, que de esta forma, se han salvado de su segura desaparición, después de haber perdido toda la vigencia y protagonismo al quedar fuera de uso.



Para regir los destinos de este Museo, se creó un Patronato hace unos años, que marca las directrices a seguir en su funcionamiento diario.

Aunque el Museo recibe algunas ayudas y subvenciones económicas, la mayor parte de estas ayudas proceden del Ayuntamiento de Elche, consciente de la importancia cultural y didáctica que revista para nuestra ciudad, con la finalidad de mantener viva en la memoria colectiva de las gentes, los rasgos más significativos de la cultura ancestral de Elche, ya que si no existiera este Museo, desaparecería por completo, en el plazo de pocos años. De ahí nace el interés y la necesidad de que funcione adecuadamente, promocionándolo al máximo posible, para que pueda desempeñar el papel educativo que se le tiene asignado y que constituye su razón de ser.

Para completar la red de Museos que hay en Elche, solo falta la creación de un Museo de la Industria, que vienen reivindicando la Asociación de Industriales ilicitanos. Este Museo no creado aún, sería un feliz complemento del Museo de la Festa, el Museo de Arte Contemporáneo, el Museo Paleontológico, el Museo Ar-

queológico Municipal que lo están restaurando para albergar el Busto de la Dama de Elche, si algún día se consiga que regrese a Elche de una manera definitiva, el Museo de La Alcudia, donde se conservan muchos objetos arqueológicos en las ruinas del mismo nombre y este Museo Agrícola del Pusol, del que estamos hablando en este trabajo. De la misma manera, el Museo Agrícola podría convertirse en un eslabón importante de esas Rutas Turísticas que la Concejalía de Turismo quiere trazar a través del término municipal de Elche, que enlazarían las playas ilicitanas, el Paraje Natural del Hondo, las ruinas de La Alcudia y algunos huertos de palmeras rurales de los más emblemáticos del campo de Elche, con parada y comida en el Clot de Galvany, donde existe un merendero que reune las condiciones apropiadas para tales fines. En el supuesto de que sobrara tiempo para completar la jornada, se podría visitar también el Pantano de Elche y el embalse de Crevillente, que está llamado a desempeñar un importante papel en los futuros regadíos modernizados por la Comunidad de Riegos de Levante, en su ambicioso proyecto que está realizando que va a tener una relevancia enorme, de cara al futuro.

El Museo Agrícola del Pusol, constituye ya un referente importante para conocer detalladamente, la cultura ancestral en el más amplio sentido de la palabra, del colectivo agrícola ilicitano y que se fue transmitiendo de generación en generación a lo largo de los siglos y que estaba en proceso de desaparición, de no haberse tomado esta iniciativa. Y la mayor parte del mérito de que se haya convertido en realidad este proyecto museístico, se lo debemos a la labor callada, generosa y altruista de Fernando García Fontanet, *alma mater*, de este proyecto, amor de sus amores, que hoy ya es una gozosa realidad.

Esperamos y deseamos que sus sucesores y continuadores de esta hermosa labor, trabajen con el mismo empeño que lo ha hecho Fernando hasta el día de hoy y tenga continuidad en el tiempo y se incremente, todo lo posible, el prestigio y la relevancia que ya ha alcanzado como referente cultural de primer orden. La labor más difícil y complicada ya está hecha. Ahora solo falta darle continuidad y recoger los frutos de la siembra realizada en los primeros tiempos cuando se puso en pie.

El cultivo del cáñamo en el campo de Elche

El cáñamo pasó por el campo de Elche como una estrella fugaz, ya que solo se cultivó durante 15 años (1950-1965). Oriundo de la Vega Baja del Segura, tuvo siempre en Callosa del Segura su centro principal de producción, manipulación y comercialización.

Hasta 1950, el cáñamo era un cultivo desconocido en el campo de Elche, a pesar de la proximidad geográfica de los lugares donde se producía en grandes cantidades, llegando en 1958 a sembrarse de cáñamo 1.500 hectáreas de tierras ilicitanas, con unos rendimientos óptimos. A partir de esta fecha, fue disminuyendo paulatinamente, hasta desaparecer por completo en 1965, no solo en el campo de Elche, sino también en todos los centros productores de una manera irreversible.

Y esta desaparición no fue caprichosa, sino obligada por las circunstancias, por la sencilla razón de que con la aparición de las fibras sintéticas y de los productos plásticos generados por los derivados del petróleo, echó por tierra el aprovechamiento de las fibras naturales, como el cáñamo, la seda, el lino, la pita, etc. Así las cosas, de la noche a la mañana, todas estas fibras naturales, cedieron todo el protagonismo que habían tenido hasta entonces, mientras los productos plásticos irrumpían, arrolladoramente en la vida diaria de las personas, en forma de enseres y objetos de la más variada

cultivo, donde se puede contemplar detalladamente, no solo el proceso de su cultivo, sino también los diferentes trabajos que requería la obtención, sus diferentes aplicaciones y utilidades, así como su manipulación y sistema de comercialización que se empleaba para que llegase a todos los rincones de la geografía nacional.

Los jóvenes nacidos en los últimos treinta años, las únicas referencias que tienen del cáñamo, son las que se puede ver en este Museo, los relatos de las personas mayores que fueron testigos de su cultivo, hasta que desapareció o lo que pueden leer en las páginas de los libros de historia agraria de estas comarcas en las que tuvo un gran protagonismo hasta hace unas décadas.

No encontramos ninguna explicación lógica para que se retrasase tanto la introducción del cultivo del cáñamo en el campo de Elche, ya que las ñoras para la obtención del pimentón, que también eran oriundas de las Vegas Media y Baja del Segura, empezaron a plantarse en el campo de Elche en la tercera década del siglo XX, tan pronto empezaron a regarse estas tierras con las aguas dulces procedentes de los sobrantes de la Vega Baja también con muy buenos resultados, en cuanto a su rendimiento.

¿Por qué razón los agricultores ilicitanos demoraron tanto la introducción del cultivo del cáñamo en sus tierras, cuando ya llevaban más de 20 años plantando ñoras, con la particularidad de que la planta la facilitaban los viveristas de los alrededores de Orihuela? La verdad, no lo entendemos, pero así ocurrió.

El cultivo del cáñamo se dio muy bien en el campo de Elche, particularmente en las pedanías del sur del término municipal, cuyas tierras tienen un gran parecido con las de la Vega Baja. En los primeros años, como probatura, se plantaron unas 50 hectáreas de cáñamo, pero al comprobar sus buenos resultados, se fue incrementando su cultivo de año en año, hasta llegar a los 1.500 hectáreas del año 1958. Pero se dio el caso de que los agricultores ilicitanos, a pesar de obtener buenas cosechas, no asimilaron muy bien los trabajos posteriores hasta la obtención de la fibra.

Tanto fue esto así que para los trabajos de cocción en el agua y el posterior agramado, solían buscar a unos entendidos en estos menesteres que en la mayoría de los casos, eran personas asalariadas y



utilidad. Así las cosas, el cáñamo dejó de plantarse por completo en toda la geografía nacional, convirtiéndose en una fibra sin ninguna utilidad práctica.

Para que su presencia física no desapareciese por completo en la memoria colectiva de las gentes al dejar de cultivarse, organizaron el llamado Museo del Cáñamo en Callosa del Segura, que como hemos dicho antes, era el lugar donde más arraigo había tenido este

procedentes de la Vega Baja y realizaban estos trabajos por encargo, cobrando por ello determinadas cantidades. Se puede decir con razón, que la cultura del cáñamo no llegó a enraizarse en el colectivo campesino ilicitano.

Durante los años en que se cultivó el cáñamo en el campo de Elche, la geografía agraria ilicitana cambió de aspecto, ya que a la orilla de los caminos construyeron muchas balsas exprofeso para la cocción del cáñamo, ya que como es bien sabido, para que la piel de la planta, (que es la fibra) se desprenda y pueda separarse con facilidad del interior leñoso de las plantas, que es la gramisa, tiene que estar cubierta de agua entre seis y ocho días, dependiendo de la época del año en que se haga esta operación. En Verano, que el agua está más caliente, se puede sacar del agua dos días antes que en Invierno, cuando el agua está más fría y el proceso de cocción es más lento. Las balsas para cocer el cáñamo, solían tener unos cuatro metros de ancho y dos de profundidad. En cuanto a su longitud, estaba en función de la capacidad que se le quería dar. Cuando más larga, más capacidad tenía, aunque la media oscilaba alrededor de los doce metros. Estas balsas solían construirse en unos lugares algo elevados, para poder vaciarlas con facilidad.

Como solían haber más peticiones para cocer el cáñamo que la capacidad que tenía la balsa, sobre todo en los meses de Septiembre, Octubre y Noviembre, los que precisaban de estos servicios hacían garberas alrededor de la balsa, hasta que les tocase el turno.

En la balsa, se ponían siempre dos filas de garbas, con la parte trasera sobre las paredes laterales. Como las garbas flotaban sobre el agua, se iban poniendo unas encima de las otras, presionando fuertemente para que se hundieran. Cuando ya se habían puesto todas las garbas que admitía la balsa, se ponían encima de las últimas unas piedras de gran tamaño, que se tenían preparadas para tales fines, para que el agua las cubriese por completo y la cocción había llegado a su punto apropiado, se quitaban las piedras y las garbas que flotaban sobre el agua se iban retirando, se les quitaba la atadura y se extendía el cáñamo disperso puesto de pie, para que se secara con facilidad.



Cuando estaba seco del todo, se hacía garbas de nuevo y se retiraba de las proximidades de la balsa y ya estaba dispuesto para el agramado, trabajo que solían hacer hombres de la Vega Baja, que se dedicaban a estos menesteres todo el año, trabajo que solían hacer a destajo, cobrando unas cantidades determinadas por cada kintal (44'50 kilos), de fibra obtenido con la limpieza y pulcritud imprescindible. Estos hombres que llevaban muchos años realizando estos trabajos de agramado, solían enfermar de los pulmones relativamente jóvenes, pues a los golpes de la agramadora sobre el cáñamo, se levantaba un polvillo muy pernicioso para estos trabajadores. Esto era un caso muy parecido a lo que ocurre con los mineros de las minas de carbón, que trabajan a grandes profundidades que también enferman prematuramente de los pulmones.

Como hemos dicho en páginas anteriores, los agricultores ilicitanos que sembraban cáñamo no se involucraron nunca en los trabajos relacionados con la obtención de la fibra, trabajos que realizaban "els castellans", que en sus lugares de origen los venían haciendo regularmente, desde hacía muchos años. Estos "castellans", oriundos de la Vega Baja, eran trabajadores por cuenta

ajena, en calidad de jornaleros que trabajaban todo el año, en los diferentes cultivos que tenían.

Como ya se ha dicho antes, Callosa del Segura, era el principal centro comercial del cáñamo y los comerciantes que se dedicaban a este tipo de negocios, disponían de una red de intermediarios (correors) que eran los que contactaban con los cosecheros y concertaban los tratos de compra-venta, con arreglo a las instrucciones que recibían de su "jefe", cobrando una comisión o corretaje, si se realizaba la operación, en cuanto a los precios máximos que podía pagar la fibra, según las oscilaciones del mercado, que por cierto era bastante voluble. De esta manera, los comerciantes nunca daban la cara a los vendedores y si se producía alguna irregularidad, los culpables eran siempre los intermediarios, que figuraban como rompeolas. Y como solían ser personas insolventes, no pasaba nada a la hora de pedir responsabilidades.

La fibra del cáñamo, si se guardaba en un lugar seco y apropiado, se podía conservar varios años sin estropearse lo más mínimo. Esta circunstancia siempre era una ventaja para el cosechero, que podía esperar a vender el género, cuando los precios fueran más favorables y elevados. De ahí el que siempre se dijo que el cáñamo era una cosecha de ricos.

Tanto para su venta, como para su manipulación, en la fibra del cáñamo, el punto de referencia era el kintal, que en el caso del cáñamo, era de 44'50 kilógramos. Por eso, cuando los agramadores, hacían su trabajo, dejaban la fibra hecha garbas de un kintal exacto. De esa manera, cuando la vendían, el precio se fijaba por kintales. El kintal es una medida de peso antigua, lo mismo que el cántaro, la arroba, el cahiz, la barchilla, etc., en la medida de los líquidos, los sólidos y las superficies, que en cada lugar tenía una magnitud diferente, que todas quedaron abolidas cuando se implantó el sistema métrico decimal a escala planetaria, unificando todas las medidas en todas las partes del mundo.

A partir de 1965, cuando dejó de sembrarse el cáñamo a lo largo y ancho de todo el término municipal de Elche y a la orilla de los caminos, durante unos años se continuaron viendo las balsas de

cáñamo abandonadas y vacías de agua, como mudos testigos de una actividad agrícola que por mor de las circunstancias, había perdido toda la utilidad y protagonismo que habían tenido durante unos años. El cáñamo había desaparecido del campo de Elche con la misma rapidez con que apareció en 1950, quedando relegado al recuerdo colectivo del sector campesino ilicitano. Con el cáñamo pasó lo mismo que había ocurrido un siglo antes con la barrilla, el salicor y el aguazul, tres plantas que durante varios siglos tuvieron un gran valor comercial y una gran utilidad para la fabricación del jabón, hasta que apareció la sosa cáustica, un producto químico que les sustituyó para los mismos fines, con una cierta ventaja y de una forma irreversible, en este proceso industrial, y que echó por tierra toda la utilidad práctica que había tenido hasta entonces estas plantas solsonáceas, que de buenas a primeras, por tal motivo dejaron de cultivarse. En ambos casos, un producto químico había arrebatado todo su protagonismo que habían tenido unos productos naturales, durante un largo periodo de tiempo, y que de momento al quedar desfasados, perdieron todo su valor comercial y dejaron de plantarse.

Hoy, de la barrilla, el salicor y elaguazul no se acuerda nadie, incluso, la mayor parte de las personas, ni siquiera han oído hablar nunca de ellas, como si no hubieran existido nunca. Igual pasará con el cáñamo, que se perderá entre las brumas del olvido, de aquí a pocas décadas.

Aunque la cultura del cáñamo se enraizó muy poco en el campo de Elche, como hemos dicho en páginas anteriores, en el Museo Agrícola del Pusol, se conservan en buen estado, algunos retazos representativos de esa cultura, para que no se pierda en el olvido.

Requiem por los almendros de Elche

Durante medio siglo (1940-1990), los almendros fueron el cultivo mayoritario en el campo de Elche, llegando a las 6.200 hectáreas de tierra dedicadas a este cultivo en 1987, que fue el punto álgido en lo que se refiere al cultivo de este tipo de arbolados a lo largo y ancho de todo el término municipal. Ningún otro cultivo arbóreo, en el campo de Elche, llegó a ser tan abundante como fueron los almendros durante tantos años, hasta tal punto que durante esa época, constituyeron aproximadamente, el 50% del conjunto de todos los arbolados que se cultivaban en el campo de Elche, incluidos los limoneros, que con 1.500 hectáreas ocupaban el segundo lugar, en cuanto a extensión y rendimiento.

Los almendros que son unos árboles que necesitan agua de buena calidad, para que vegeten y se desarrollen adecuadamente, empezaron a plantarse en el campo de Elche, en grandes cantidades en la tercera década del siglo XX, cuando llegaron las primeras aguas dulces procedentes de los sobrantes de la Vega Baja del Segura y elevadas por el sistema de bombeo. A partir de esas fechas, nuevos cultivos arbóreos y hortícolas desconocidos hasta entonces, se introdujeron en el campo de Elche, siendo los almendros los que se plantaron en mayores cantidades, por tener un mayor atractivo para los agricultores ilicitanos, porque les reportaban buenos ingresos. Además, había otros factores francamente favo-



Fabricando hilo artesanalmente en un huerto
de palmeras de la periferia de la población

rables al cultivo de los almendros, como eran el que la almendra se podía almacenar varios años, sin sufrir ningún deterioro y, de esta forma, poder venderla cuando los precios fueran más altos, circunstancia que no ocurría en los otros productos (granadas, limones, naranjas, etc.) que había que venderlas en la cosecha, lo cual era una ventaja.

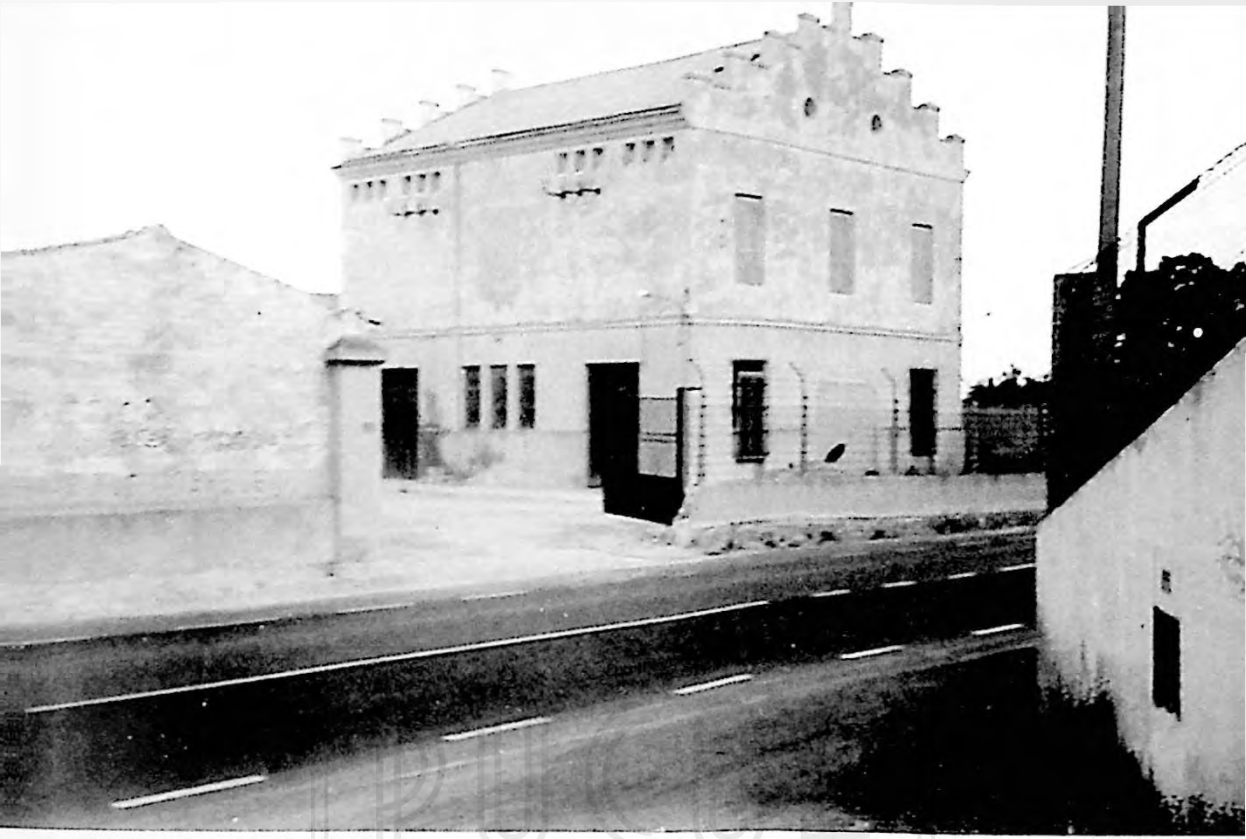
Otro factor favorable al cultivo de los almendros, era que esta clase de arbolados, necesita menos cantidad de riegos que las granadas y los cítricos por ejemplo.

La cuestión era que por todas estas razones, el cultivo de los almendros en el campo de Elche, se fue incrementando de año en año, en mayores magnitudes que los demás arbolados que se cultivaban en estas comarcas.

Y como era de esperar, al aumentar la producción de almendras surgieron por doquier "trencaors" para su descascarado, que en el campo de Elche y en el casco urbano, en la década de los años ochenta llegaron a más de 20, que trabajaban a pleno rendimiento durante todo el año. Solo en la pedanía de Torrellano Alto había tres que desarrollaban una gran actividad durante todo el año, ya que cuando aquí escaseaba la almendra, importaban de otras zonas productoras, para poder trabajar sin interrupción, a lo largo de todo el año.

En otro capítulo de este libro, se describe con todo detalle, la evolución experimentada por este proceso del descascarado de la almendra, a través "dels trencaors", que se construyeron en Elche por aquellos años.

La cuestión fue que los almendros se convirtieron en el buque insignia de la agricultura ilicitana por su cantidad y por el volumen de sus ingresos que generaban en el sector campesino ilicitano. De ahí en que dos terceras partes de los agricultores ilicitanos tuvieran almendros, en mayor o menor cantidad, hasta convertirse en el cultivo más emblemático del campo de Elche y aunque los almendros proliferaron por todas partes, donde más abundaban era en la parte central del término municipal (Perleta, Maitino, Alzabares, Jubalcoy, Saladas, Torrellano, Valverde, etc.), llegando en algunos años a cosecharse una producción total de



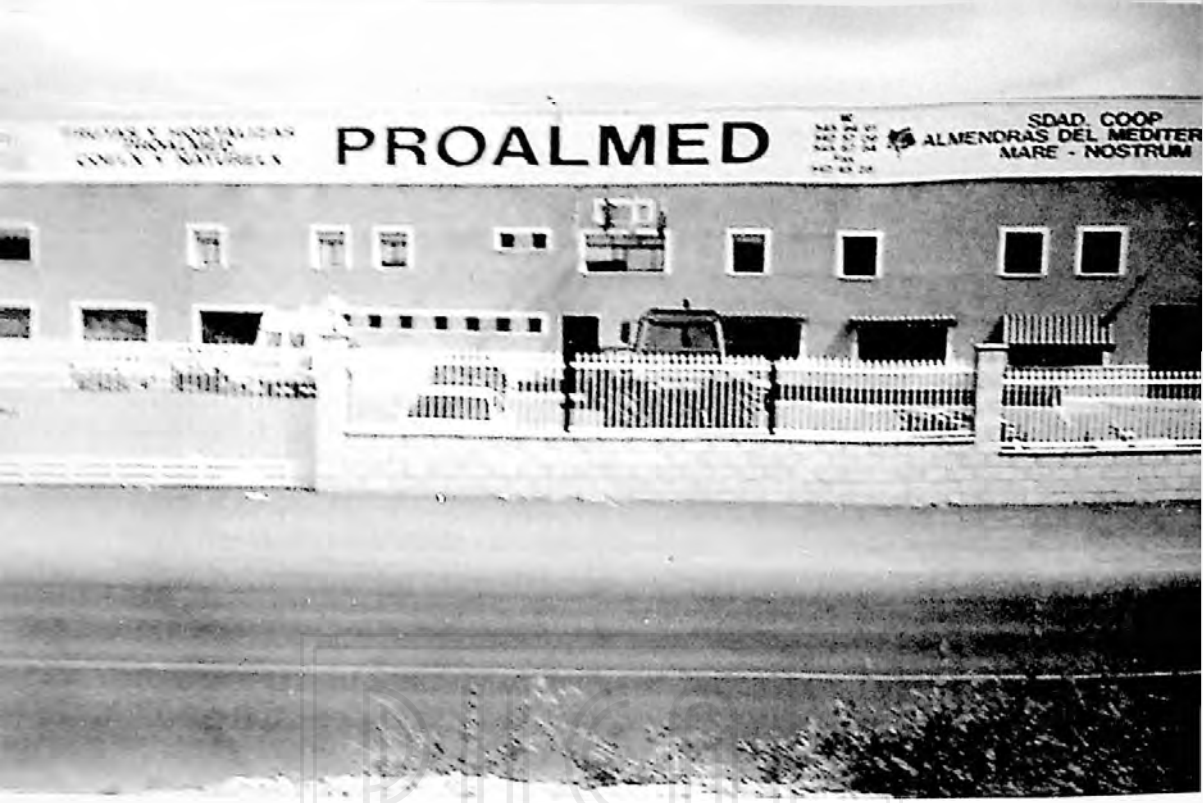
Descascaradora de almendras en la partida de Las Bayas

15.000 toneladas, con un valor medio cercano a los mil millones de pesetas. El precio de la almendra, lo mismo que el de cualquier otro producto agrario, era muy variable y estaba sujeto a los vaivenes del mercado, que se rige por la Ley de la oferta y la demanda. El año que alcanzaron los precios más elevados fue en 1987, que llegaron a pagarse hasta 800 pesetas el kilo de rendimiento. si partimos de la base de que el rendimiento medio de las variedades de almendras que se cultivan en el campo de Elche, es de 250 gramos de pepita a cada kilo de almendras en cáscara, eso quiere decir que en 1987, llegaron a pagarse las almendras en cáscara a 200 pesetas el kilo. Estos precios tan elevados y desconocidos hasta entonces duraron poco tiempo, y a partir de esas fechas, fueron disminuyendo paulatinamente hasta llegar a las 400-450 pesetas que se están pagando ahora, 15 años después, cuando los costos de cultivo se han ido incrementando sin cesar en estos últimos tiempos. Ni que decirse tiene que los precios a que se están

pagando las almendras ahora, son francamente ruinosos para los cosecheros, ya que ni siquiera cubre los gastos de cultivo.

El mayor enemigo que tienen las almendras de estas comarcas, es la almendra de California, que por las variedades que cultivan y por los métodos de cultivo que allí se emplean, producen mayores rendimientos con menos costos. Y aunque la calidad de la almendra californiana es inferior a la de la almendra que se produce por estas latitudes, los fabricantes de turrón, de mazapán, etc. que son los mayores consumidores de almendra, se decantan por la almendra californiana porque es más barata, ya que los americanos pueden poner la almendra de California en los mercados consumidores españoles, a unos precios tan bajos que resultan prohibitivos y ruinosos para los cosecheros de aquí. Y esta competencia es inevitable, ya que en el funcionamiento de la Unión Europea, han desaparecido las fronteras para las personas, los capitales y mercancías, y por consiguiente, los americanos nos pueden mandar almendras, maíz, soja, etc. con la misma facilidad que España les puede mandar aceite, naranjas, calzado, etc., dentro de unas reglas estrictas del libre comercio internacional. El quid de la cuestión está en los costos de producción que hay que reducir al máximo, para que los productos que se obtengan sean competitivos con los que se producen en otros lugares. El caso de las almendras es muy clarificador: los cosecheros californianos por una serie de circunstancias, pueden poner la almendra en Jijona a unos precios tan bajos, que son prohibitivos para los cosecheros ilicitanos, aunque las almendras que se producen en el campo de Elche, sean de mayor calidad. Y lo que ocurre con la almendra es válido también para el aceite, las naranjas o el calzado. Y los costos de producción de las almendras ilicitanas son muy elevados y los rendimientos de estas variedades son muy bajos comparados con los que se producen en California. Partiendo de esta base, lógicamente, las almendras de estas comarcas, no podrán en modo alguno competir con las californianas en igualdad de condiciones y siempre estarán en clara desventaja.

Al descenso del precio de las almendras, que se fue acentuando en los últimos años de la década de los ochenta, hay que añadir otro factor negativo, que tuvo lugar al principio de la década de



Cooperativa de Maitino

los noventa: nos estamos refiriendo a la sequía que padecimos durante cinco años seguidos, (1991-1996), y la carencia de recursos hídricos para poder regar los arbolados con agua de buena calidad, que tuvo tan fatales consecuencias para la agricultura ilicitana en general, y para los almendros en particular. A consecuencia de esta pertinaz sequía, se perdieron más del 50% de todos los arbolados ilicitanos en su conjunto, pero los más afectados fueron los almendros, que se quedaron reducidos a un 30% de los que había unos años antes. De esta manera y por este motivo, de las 6.000 hectáreas de almendros que había en 1987, hoy solo quedan escasamente unas dos mil y muchos de ellos en precario estado vegetativo, pues al perder una gran parte de su rentabilidad que habían tenido antes, cada día que pasaba se les prestaba menos cuidados y atenciones, lo que les condenaba de una manera irreversible, a su completa desaparición. Resulta muy desalentador el tener que reconocerlo, pero esto es la pura y descarnada realidad. De seguir las cosas como se están desarrollando ahora (y

consideramos muy improbable un cambio de rumbo), a la vuelta de pocos años, los almendros en el campo de Elche, habrán desaparecido por completo, después de haber sido durante muchos años, el cultivo mayoritario más emblemático de la agricultura ilicitana. De ahí el que entonemos el más sentido requiem por los almendros ilicitanos, mal que nos pese, puesto que va a suponer un gran trauma para el colectivo campesino ilicitano, que tanto les mimó y contribuyó a que alcanzaran la relevancia que tuvieron durante medio siglo, en el conjunto de la agricultura ilicitana.

A medida que las almendras van perdiendo relevancia y protagonismo, en el conjunto de la agricultura ilicitana, dejando de ser un punto de referencia, otro cultivo tradicional va adquiriendo mayor espacio, desplazando a las almendras del lugar preferente que ocupaban; nos estamos refiriendo a los granados, que en los últimos 15 años, han aumentado más del 50%, pasando a las 700 hectáreas que había en 1987 a las 1.100 hectáreas que existen en estos momentos, siendo el único cultivo arbóreo que ha ido en aumento, todo lo contrario de lo que ha ocurrido con todos los demás, que han disminuido notablemente por diferentes causas y razones.

En la actualidad, el principal cultivo de la agricultura ilicitana, tanto por extensión como por rendimiento son los granados, aunque últimamente, empiezan a notarse síntomas de recesión y de pérdida de rentabilidad económica.

Junto con las palmeras y los olivos, los granados son uno de los tres cultivos tradicionales de la agricultura ilicitana desde hace varios siglos, ya que eran los únicos que admitían las aguas salitrosas y de baja calidad, que discurren por el Vinalopó y que se aprovechaban para regar estos campos, hasta principios del siglo XX, cuando llegaron las primeras aguas dulces procedentes de los sobrantes de la Vega Baja del Segura y elevadas por el sistema de bombeo.

Durante los últimos años, la Unión Europea para paliar en parte, la falta de rentabilidad de las almendras, como cultivo agrícola, las incluyó en el capítulo de ayudas y subvenciones que estableció para el sector de frutos secos, que incluían también las avellanas, las nueces y los pistachos, para contribuir a su supervivencia, lo que supuso un gran desembolso para las arcas comunitarias. Esas subvenciones, después de seis años de vigencia se han suprimido,

lo que contribuirá a acelerar la decadencia irreversible de este cultivo tan característico del campo de Elche, y por extensión, de todas las comarcas de la costa mediterránea peninsular. Cuando esto ocurría, de aquí a pocos años, la almendra californiana, tendrá vía libre por todos los mercados consumidores de la Unión Europea, con más facilidad de lo que lo hace en estos momentos que ya es decir.

He de confesar, sinceramente que terminar este libro hablando de la decadencia de los almendros, me produce una enorme tristeza y frustración por haber sido testigo, a lo largo de toda mi vida, de su aparición desarrollo expansivo y protagonismo destacado, como buque insignia de la agricultura ilicitana, para terminar después de una lenta agonía, desapareciendo de la geografía ilicitana. Pero esta es la triste realidad, y mal que nos pese, tenemos que aceptarla, ya que nada podemos hacer para cambiar el rumbo de las cosas, que han venido así impuestas por unas circunstancias que imponen su ley, contra viento y marea. Ante esta disyuntiva, tenemos que aceptar esta nueva realidad, porque no nos queda otro remedio. Triste consuelo, al fin y al cabo. Pero eso es lo que hay en estos momentos, relacionado con el cultivo del almendro que ahora se encuentra de capa caída.

MUSEO ESCOLAR

Epílogo
Lo que va de ayer a hoy

En la actualidad el campo de Elche, no se parece en nada, a lo que fue en los tiempos pasados. Antes, el campo de Elche era básicamente, un generador de riqueza agrícola, mediante una agricultura amplia y diversa, impulsada por un colectivo de agricultores laboriosos y entendidos que cultivaban la tierra con esmero y dedicación absoluta, que se sentían orgullosos de su sacrificada profesión, que a través de los años y las generaciones, alumbraron una cultura autóctona propia, en el más amplio sentido de la palabra, y no solo en lo que concierne a la forma de cultivar al tierra.

La agricultura de cualquier país o región, para que sea rentable óptimamente productiva, tiene que descansar sobre cuatro pilares básicos: una tierra con una fertilidad contrastada, una clima templado y benigno, agua abundante de buena calidad para el riego, en el supuesto de que no llueva lo suficiente y a su debido tiempo, y un colectivo de agricultores entendidos y de contrastada profesionalidad. Si se dan estos cuatro factores favorables, esta agricultura reune todas las condiciones para ser rentable y competitiva.

En lo que al campo de Elche se refiere, de estos cuatro pilares básicos, solamente fallaba uno: la falta de recursos hídricos, que



En Torrellano, se construyeron los primeros trencaors d'almeles

prendemos mejor el inconveniente que significa para el desarrollo agrícola óptimo y apropiado. No obstante, este factor negativo no impidió que la agricultura ilicitana, con los lógicos y normales altibajos, saliese siempre adelante, gracias sobre todo al buen hacer y a la demostrada profesionalidad del colectivo campesino ilicitano, que fue capaz en todo momento de superar todo tipo de dificultades, mérito que hay que reconocerle como se merece, y valorarlo adecuadamente como es de justicia.

A la circunstancia negativa de los bajos índices pluviométricos que aquí ha sido siempre una constante invariable a lo largo de los siglos, había que añadirle otro factor de la misma índole, que agravaba aún más esta situación: las frecuentes sequías que se producían de cuando en cuando, en que las lluvias brillaban por su ausencia. Algunas de estas sequías se prolongaron durante cuatro, seis y hasta diez años seguidos, en que las tierras de secano, que eran las tres cuartas partes del término municipal de Elche, las cosechas eran escasísimas e incluso, completamente nulas por tal motivo.

En el siglo XX, que ha finalizado recientemente, hubo dos sequías, que como todas las demás, fueron traumáticas y desastrosas. La primera duró siete años (1907-1914) y la segunda seis (1990-1996). La segunda de estas dos sequías, perjudicó menos que la primera, ya que durante esos seis años, se pudo regar algo con las aguas procedentes del trasvase Tajo-Segura. De todas formas, fue la causa principal de que se secaran más del 50% de todos los arbolados del campo de Elche, como ya queda escrito en otro capítulo de este libro.

No obstante todos estos inconvenientes, los agricultores ilicitanos (aunque algunos de ellos emigraron temporalmente al extranjero, en los peores momentos, para poder ganarse un jornal y poder mantener a sus familias), inmunes al desaliento, se mantuvieron apegados como lapas al terruño, a pesar de los pesares tratando de subsistir de la mejor forma posible. Y esto, hasta cierto punto, tiene su explicación lógica, si tenemos en cuenta que el 90% de los agricultores ilicitanos trabajaban tierras propias y vivían en casas de su propiedad, heredadas de sus antepasados o construidas por ellos mismos. Y esa circunstancia condiciona mucho y les hacía comportarse con auténtico espíritu conservador.



Romería de San Isidro en 1952

pudiera paliar, al menos en parte, la escasez de lluvias que aquí ha sido una constante invariable, desde los tiempos más antiguos, ya que como es bien sabido, Elche está situado en una de las zonas más secas y áridas de la Península Ibérica, hasta tal punto que la media de lluvias es de 280 litros de agua por metro cuadrado y año, algo menos del 50% de la media nacional, que oscila alrededor de los 600 litros por metro cuadrado y año. Si a esto le añadimos las elevadas temperaturas que aquí se dan, durante todo el año, com-

Pues bien, de aquel espíritu luchador y de aquel orgullo que sentían los agricultores ilicitanos por ser profesionales de la agricultura, desgraciadamente ya no queda nada, si no más bien todo lo contrario, como nos lo demuestra el hecho de que el 90% de los jóvenes campesinos ilicitanos, de un tiempo a esta parte, están desertando de la agricultura y no quieren saber nada de la profesión de sus padres, prefiriendo otros horizontes laborales en la industria, el comercio, los servicios o ejerciendo profesiones liberales, ya que muchos de ellos tienen estudios universitarios, cosa impensable hace solo dos generaciones. La consecuencia lógica que se deriva de estas circunstancias, ha sido el creciente envejecimiento de la población activa campesina, cuya edad media sobrepasa los 50 años y la gran cantidad de fincas rústicas que se ven incultas y abandonadas por los cuatro puntos cardinales del campo de Elche.

Otro dato revelador de esta realidad, que está a la vista de todo el mundo, es que la inmensa mayoría de los jóvenes campesinos ilicitanos, cuando se casan y forman una nueva familia, prefieren vivir en un piso de la población y no en una vivienda rural, como vivieron sus antepasados, mientras miles de familias que viven en la población y se ocupan en otras actividades ajenas a la agricultura, quieran tener su segunda vivienda en el campo, construidas sobre pequeñas parcelas de tierra que compraron exprofeso para tales fines, durante aquellos años en que el Ayuntamiento permitía edificar viviendas en parcelas de pequeñas dimensiones, a partir de 2.000 metros cuadrados, con el calificativo de "albergues rurales", aunque en realidad, lo que se construían eran auténticos chalets, algunos de los amplios y lujosos. De esta forma, más de dos terceras partes (más de 10.000) del conjunto de las viviendas del campo de Elche, pertenecen a familias de la población, que solo las habitan parcialmente durante las vacaciones o los fines de semana. A ese colectivo de gentes advenedizas, los pocos agricultores que aun viven y permanecen en casas de campo de estilo tradicional, suelen llamar "chaleteros", cuyas costumbres y formas de entender la vida, son completamente distintas, aunque de un tiempo a esta parte, esas diferencias que existían entre los dos colectivos, en todos los sentidos entre "els llauraors i la gent del poble", se han ido difuminando paulatinamente, hasta desaparecer por completo, particularmente entre la gente joven.



Un grupo de muchachas del campo de Elche durante la romería de San Isidro, llevando ofrendas al Patrón de los agricultores en el año 1954.

Una de las conclusiones que podemos sacar de todas estas circunstancias, es que el campo de Elche, de unas décadas a esta parte, ha perdido esa "ruralidad" absoluta de que hacía gala, para convertirse en un lugar más bien residencial y de asueto de las gentes de la población, que ante las incomodidades, la polución y el estrés que produce vivir en una población tan dinámica y superactiva como es Elche, buscan el descanso y el relax en los ambientes campestres, más tranquilos y sosegados que los ciudadanos.

Como ya hemos dicho en repetidas ocasiones, antes el campo de Elche estaba dedicado exclusivamente a la agricultura, y por consiguiente a la producción de productos agrarios, con unas tierras bien cultivadas a las que se procuraba sacarles el máximo rendimiento económico. En cambio en la actualidad, varios miles de hectáreas de sus mejores tierras, ya no son agrícolas si no que por el contrario, se dedican a otros menesteres, como es el caso de la amplia zona que ocupa la Universidad Miguel Hernández y todos sus ensanches, el Polígono Industrial de Torrellano-Saladas, la Planta de Basuras de la "Serra dels Cremats", el otro Parque Industrial que

se está desarrollando en las proximidades de la Planta de Basuras, el Palacio Ferial de IFA y sus ensanches, así como varios polígonos urbanos planificados en varios puntos de la periferia de la población, como el que está surgiendo en los alrededores del Estadio Martínez Valero entre otros.

Está claro, que en la actualidad, en el campo de Elche, la agricultura ya no es prioritaria, puesto que ha quedado relegada a un segundo término, y ahora lo que prima son los servicios, la industria y el turismo, a los que se dedica todos los medios y atenciones necesarios para un desarrollo total y preferente.

En esta vida, todo cambia y evoluciona al compás de los nuevos tiempos y en aras de la modernidad. Pero lo que ha ocurrido con el campo de Elche y su agricultura en los últimos tiempos, más que evolución ha sido una ruptura total de un modelo de vida y de trabajo, que se ha quedado desfasado, y por consiguiente ya no nos sirve, de cara al futuro.

De aquí en adelante, cuando hablemos del campo de Elche, debemos olvidarnos de la cultura campesina que tanta importancia tuvo en otros tiempos, porque eso ya es historia que pertenece al pasado. Y lo que importa es el presente y el futuro, que como estamos viendo, camina por otros derroteros, que no tienen nada que ver con la agricultura, que se va a quedar reducida a una actividad testimonial, que no va a tener el más mínimo parecido con la relevancia y el esplendor que tuvo en los pasados tiempos.

Para terminar diremos que quisiéramos equivocarnos en estas previsiones tan pesimistas que estamos haciendo sobre el futuro del campo de Elche y su agricultura, de lo cual nos alegraría mucho. Pero, al día de hoy, éstas son nuestras sensaciones y así las expresamos con toda la sinceridad de que somos capaces.



Romería de San Isidro en el año 1951

Otros libros del autor

1.- Impresiones y recuerdos de Canarias.
2.- El campo, entre la marginación y la esperanza.
3.- Cantos de amor y esperanza. (Poesía)
4.- Agrodelx
5.- ¡Salvemos los palmerales de Elche!
6.- S'ha perdut una cultura del camp d'Elx.
7.- La agricultura ilicitana de ayer a hoy.
8.- El futuro del campo de Elche.
9.- El paso de los días (Poesía)
10.- Tierras, pueblos y paisajes.
11.- La vida que pasa. (Poesía)
12.- Sociedades agrarias ilicitanas del último siglo. (1886-1986)
13.- Poemas a la Dama del Alba. (Poesía)
14.- Los palmerales de Elche, desde sus orígenes.
15.- De Estambul a Moscú.
16.- Del tiempo y de la vida. (Poesía)
17.- Viajar, ver y escribir.
18.- Memorias de mi tiempo.
19.- Juan Algorós.
20.- Pinceladas. (Poesía)
21.- El placer de viajar.
22.- La poesía de las ciudades. (Poesía)
23.- El camp d'Elx. Historia i tradició.
24.- Las Islas Canarias, vistas por un peninsular.
25.- Historias del campo de Elche.
26.- Por los caminos de Europa.
27.- Viajes y Congresos.
28.- Pascual Campos.
29.- Del jardín de mis tardes.
30.- El mundo visto a los ochenta años.
31.- Nuevas historias del campo de Elche
32.- Viajar en el recuerdo
33.- De domingo en domingo
34.- Mirando hacia atrás, sin ira
35.- Les pedanies del Camp d'Elx
36.- 1997. El año del Bimilenario de Elche
37.- Carlos Tarí
38.- Nos queda la esperanza
39.- Diego Pastor
40.- Con la vida alrededor
41.- Crónicas de fin de siglo
42.- Historia del Campo de Elche
43.- Del vergel de la memoria
44.- Por el ancho mundo
45.- El año 2000 en Elche
46.- La saga de los López
47.- El cultiu de la palmera datilera a Elx
48.- Elche entra en el siglo XXI

DIÇOL MUSEO ESCOLAR

Este libro se acabó de imprimir en los
talleres de Pascual Segarra el
día 15 de Mayo de 2003
festividad de
San Isidro
Labrador.

PUNSOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR